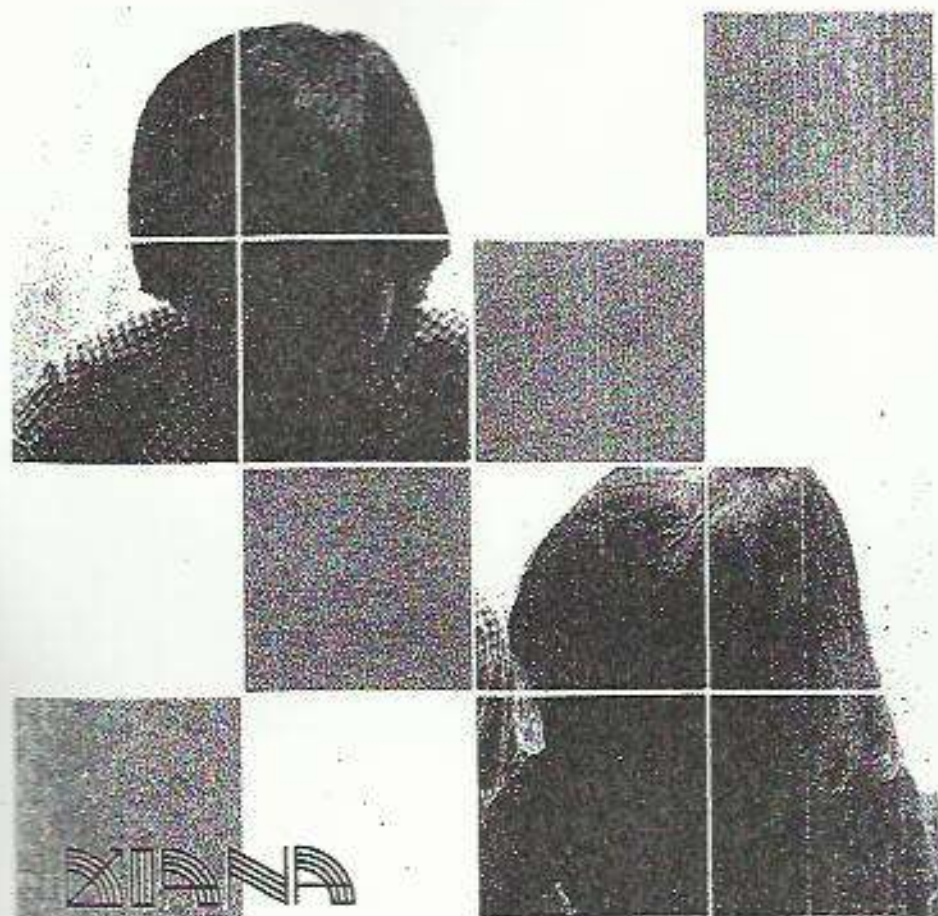


MARIA MONTESSORI

El niño

el secreto de la infancia



PROLOGO A LA PRIMERA EDICION CASTELLANA

El presente libro, escrito totalmente en Barcelona, aparece hoy entre la profunda perturbación que atraviesa el noble pueblo español. Mientras estaba aún en preparación, algunos de mis discípulos, impacientes por dar a conocer al público las ideas que yo iba exponiendo en cursos privados, habían reunido el conjunto de estos capítulos inéditos, publicándolos en París, hacia el mes de febrero de 1936, en forma de libro, bajo el título de *L'Enfant*.

Hacia el mes de agosto, publiqué por fin ya completamente terminado, mi libro con el título de *The Secret of Childhood* (*El secreto de la infancia*) pero, incluso esta versión fue, en cierto modo, alterada por el entusiasmo de personas que, simpatizando con mis ideas, introdujeron abundantes notas, queriendo o pretendiendo establecer analogías entre estas ideas y las de poetas y filósofos ingleses, y únicamente hoy, en España, en la tierra tan bien amada, en la

cual fue concebido, es donde aparece, finalmente, el libro tal y como yo lo había compuesto en su versión original, mucho más completa de lo que puedan serlo las versiones inglesa y francesa.

El hecho de haber aparecido en Francia y en Inglaterra antes de que hubiera visto la luz en España, demuestra cuan grande es el interés que las sociedades humanas sienten hoy por la infancia. Este fenómeno, no debe sorprendernos en absoluto. El Hombre, como dice Carrel, es una incógnita. El esfuerzo de todos los filósofos de la antigüedad, ha consistido en intentar correr el velo que encubre el misterio de su sígüe, pero todas sus investigaciones han sido dirigidas hacia el Hombre; ente ya exclusivamente complicado, cuya sígüe aparece oculta tras una densa capa que se resiste a la investigación y al análisis.

Como consecuencia, y a pesar de todos los estudios, el Hombre es hoy tan desconocido como lo fue en los albores de la civilización.

Si alguna luz existe que pueda iluminarnos en este profundo misterio como una revelación, debe partir necesariamente del Niño; el único que con su simplicidad inicial puede mostrarnos las íntimas directrices que sígüe el alma humana en su desarrollo.

Y fue precisamente este hecho el que, tanto en Francia como en Inglaterra, se quiso poner de relieve en *L'Enfant*; haciendo aparecer al Niño como el REVELADOR y, en Inglaterra poniendo de manifiesto la idea de que el Niño contiene en sí el secreto del Hombre desconocido.

Hoy, EL NIÑO hace su aparición en España; pero su voz no es desconocida, había ya resonado antes. Varios de sus capítulos fueron difundidos por los micrófonos de Radio Asociación de Cataluña. Débil voz que con acentos casi proféticos, parecía ya presagiar los trágicos acontecimientos que debían ensangrentar nuestra amada Patria. Se alzó en-

tonces con dolorido lamento, invitando a la Humanidad a meditar sobre la realidad de la vida humana aún desconocida, pero cuya comprensión habría podido influir sobre la orientación social. Los niños, la Infancia, el «Ciudadano olvidado» clamaban por mediación mía, por aquellos sagrados derechos cuyo reconocimiento elevaría a la Humanidad a un más alto y más completo nivel de civilización.

Que su voz, ahogada entonces por el fragor de la tempestad pasional que se estaba fraguando, pueda hoy encontrar un eco más comprensivo en los corazones transidos de dolor, y servirnos de faro que nos guíe por una nueva vía de civilización, en la cual, las dos fases de la vida humana, obtengan una consideración paralela: El Niño y el Adulto como partes indivisibles de una misma personalidad.

Maria Montessori

PROLOGO A LA PRESENTE EDICIÓN

Los problemas que rodean actualmente a la juventud y al niño son una prueba contundente de que la enseñanza no es ni mucho menos la parte más importante de la educación. Sin embargo, persiste la convicción de que el adulto, al educar al niño, es quien crea al hombre. La educación suele consistir en la enseñanza directa y esto a menudo resulta un impedimento más que una ayuda para el desarrollo natural del ser humano. Las edades tempranas no se adaptan a la transmisión de la cultura y por este motivo se suelen descuidar los primeros años de la vida del niño. Sin embargo, estos años aparentemente hueros son fundamentales. Es durante este periodo de la vida que ocurre un fenómeno asombroso: paulatinamente emergen de la nada la sique humana y el comportamiento humano. El niño se independiza, aprende a manipular, a andar, a hablar, a pensar y a dirigir su propia voluntad. Este proceso no se debe a la enseñanza

del adulto, sino a una creación propia por parte del niño.

Siempre existió el niño y, sin embargo, este proceso permaneció oculto hasta que la Doctora María Montessori, guiada por la certera intuición que nace del amor en su verdadero sentido, penetró en el misterioso reino de la sique infantil y lo sacó a la luz en toda su magnitud. Al mismo tiempo reveló los requisitos esenciales para que el niño lleve a cabo su propia creación.

Los niños que hicieron posible esta revelación procedían de los estratos sociales más bajos; eran unos niños llorones, asustadizos y tímidos pero al mismo tiempo violentos, posesivos y destructivos. Paulatinamente, al verse satisfechas sus necesidades síquicas, experimentaron una transformación tan extraordinaria, que la prensa de la época habla de «niños convertidos». La contemplación de este fenómeno espiritual creó un cambio radical en la vida de la Doctora Montessori. Es cierto que los niños aprendieron a leer de un modo espontáneo a los cuatro años y medio, pero lo verdaderamente importante era el cambio en su comportamiento. El hombre no ha de estar formado de cultura solamente. Hay algo mucho más esencial, de importancia infinitamente mayor para la humanidad. Si el aspecto espiritual del hombre se sigue descuidando, será cada vez más peligroso a medida que aumenten sus conocimientos. ¿Acaso la mayoría de sus inventos no se aplican para fines bélicos? El hombre descubrió el vuelo, descubrió la energía atómica pero no consiguió descubrirse a sí mismo.

Aquí radica el verdadero valor de la contribución de María Montessori al progreso humano. Para demostrar la magnitud y la radiante promesa que encierra el alma naciente del niño, la Doctora Montessori emprendió una campaña que duraría toda su vida. Después de su muerte, la Asociación Montessori Internacional continuó su tarea por medio de congresos, mesas redondas y estableciendo Sociedades

Montessori y cursos de entrenamiento, pues para proporcionar al niño la ayuda que necesita, se requiere un entrenamiento especial. Poco a poco se crearon centros de entrenamiento en Ceilán, Dinamarca, Inglaterra, Irlanda, Francia, Alemania, la India, Italia, Pakistán, Suiza y los Estados Unidos. Las personas entrenadas se extienden por todos los continentes, por países antiguos y modernos, incluso por las naciones creadas más recientemente en el continente africano.

Pero el instrumento más efectivo de la Asociación Montessori Internacional sigue siendo la obra escrita de la Doctora Montessori, especialmente su libro «El secreto de la infancia». Este libro es la traducción de la última edición italiana que fue revisada, cotejada y puesta al día con sus últimas aportaciones por la Doctora Montessori poco antes de su muerte en 1952. La influencia que ha tenido el libro y su popularidad lo demuestra el hecho de que está publicado en quince idiomas, algunos asiáticos, tales como el japonés, el tamil, el maharati, etc. Cuando apareció, soportó alguna crítica, especialmente por parte de los psicólogos. Sin embargo, las más recientes investigaciones en el campo de la psicología demuestran que es esencial la capacidad del niño para aprender a escribir y para asimilar materias como geología, geografía, aritmética, geometría, etc., en los primeros años de su vida y se reconoce ahora que la Doctora Montessori fue una pionera en este terreno. Y en esto está el peligro. Lo que los psicólogos explotan es la parte utilitaria que interesa a los adultos. Por esto crece el número de colegios que usan el método Montessori únicamente como un método de enseñanza. Mucha gente declara que fue ésta la intención de la Doctora Montessori, sin tener en cuenta aquello a lo que la Doctora Montessori dio mayor valor: la contribución para una paz universal que puede aportar el niño a la humanidad. A menudo he pensado que estas declaracio-

nes deberían ser refutadas, pues causan gran confusión. Pero, ¿dónde encontrar una persona que pueda hacerlo con autoridad suficiente? Entonces se me ocurrió que la persona más indicada sería la propia Doctora Montessori. Dejémosle, pues, que hable a través de este libro, que nos revela «El secreto de la infancia».

MARIO M. MONTESSORI

Director General de la «As-
sociation Montessori Inter-
nationale» (AMI)

Amsterdam, 1968.

PREFACIO

LA INFANCIA, CUESTIÓN SOCIAL

Desde hace algunos años se ha iniciado un movimiento social en favor de la infancia, sin haber sido organizado ni dirigido por ningún iniciador. Ha brotado como una evolución natural en una tierra volcánica donde espontáneamente se desprendan llamas dispersas por doquier. Así nacen los grandes movimientos. Sin duda alguna, la ciencia ha contribuido a ello; se la puede considerar como la iniciadora del movimiento social para la infancia. La higiene comenzó a combatir la mortalidad infantil; seguidamente demostró que el niño era víctima del trabajo escolar, un mártir desconocido, un condenado perpetuo durante su infancia, pues terminado el estado infantil, acaba también la época de la escuela.

La higiene escolar le describe desgraciado, con el alma contraída, la inteligencia fatigada, las espaldas curvadas, el pecho estrecho, predispuesto a la tuberculosis.

En fin, después de treinta años de estudios, le consideramos como el ser humano olvidado por la sociedad y más aún por aquellos que le otorgan y conservan la vida. ¿Qué es el niño? Es el estorbo constante del adulto, absorbido y fatigado por ocupaciones cada vez más exigentes. No hay sitio para el niño en la casa, cada día más reducida, de la ciudad moderna, donde las familias se acumulan. No hay lugar para él en las calles, porque los vehículos se multiplican y las aceras se hallan llenas de gente que tiene prisa. Los adultos carecen de tiempo para ocuparse del niño, cuando las ocupaciones les absorben con urgencia. El padre y la madre van ambos al trabajo y cuando éste no existe, la miseria oprime al niño como a los adultos. Hasta en las mejores condiciones, el niño es abandonado en su habitación, en manos de gente extraña asalariada, siéndole prohibida la entrada en la parte de la casa destinada a las personas que le han dado la vida. No hay refugio alguno donde el niño pueda sentir que su alma será comprendida, donde pueda ejercer su actividad. Es preciso que permanezca quieto, que se calle, que no toque nada, pues nada le pertenece. Todo es propiedad inviolable del adulto, prohibida al niño. ¿Dónde están sus cosas? No posee ninguna. Hasta hace algunas decenas de años, ni siquiera existían sillas especiales para niños. De ello se derivó aquella famosa expresión, que en la actualidad sólo tiene sentido metafórico: «Te he tenido sobre mi regazo.»

Cuando el niño se sentaba sobre los muebles paternos o en el suelo, era reñido; si se sentaba sobre los peldaños de la escalera, era castigado; para que pudiera sentarse, era preciso que un adulto se dignara tomarle sobre su regazo. He aquí la situación del niño que vive en el ambiente del adulto; es un perturbador que busca y nada encuentra para él; que penetra en un lugar y es expulsado. Su posición es como la del hombre sin derechos civiles y sin ambiente propio: un

ser extra social que todo el mundo puede tratar sin respeto alguno, insultar, azotar y castigar, ejerciendo un derecho recibido de la naturaleza: el derecho del adulto.

Por un fenómeno siquico misterioso, el adulto se ha olvidado de preparar un ambiente adecuado para su hijo; parece que se avergüence de él en la organización social. En la elaboración de sus leyes ha dejado sin leyes a su propio heredero y, por consiguiente, fuera de la ley. Le ha abandonado sin dirección al instinto de tiranía que existe en el fondo del corazón de todo adulto. He aquí lo que podemos decir del niño que llega, aportando al mundo nuevas energías, que deberían ser como el soplo regenerador que, de generación en generación, rechaza los gases asfixiantes acumulados durante una vida humana llena de errores.

Pero, bruscamente, en la sociedad ciega e insensible durante tantos siglos, sin duda desde el origen del género humano, aparece un nuevo conocimiento. La higiene acudió como se acude a un desastre, a un cataclismo que origina víctimas numerosísimas. Ha luchado contra la mortalidad infantil en el primer año de la infancia; las víctimas eran tan numerosas que los supervivientes podían considerarse como seres escapados a un diluvio universal. Cuando, a principios del siglo xx, la higiene llegó hasta el pueblo y fue difundida como elemento vital, logró dar un nuevo aspecto a la vida del niño. Las escuelas han sido transformadas de tal manera que las que tienen solamente más de diez años de existencia, parecen tener un siglo. Los principios de educación han entrado en un camino de dulzura y tolerancia, tanto en las familias como en las escuelas.

Pero, además de los resultados obtenidos, gracias a los progresos científicos, hay numerosas iniciativas diseminadas, dictadas por los sentimientos. Muchos reformadores actuales se ocupan del niño; en la urbanización de las ciudades se construyen parques para los niños; en la construc-

ción de plazas y jardines se reservan terrenos para juegos infantiles; en la organización de teatros se piensa en los teatros para niños; se editan periódicos y libros infantiles, se organizan viajes para niños y hasta en las esferas industriales, los fabricantes piensan en los niños, construyendo muebles y vajilla proporcionada; habiéndose desarrollado la organización consciente de clases, se ha procurado organizar a los niños, darles el sentimiento de la disciplina social y de la dignidad que se deriva para el individuo; como ocurre en ciertas organizaciones infantiles como los boys-scouts y las «repúblicas para niños». Los reformadores políticos, revolucionarios de nuestro tiempo, se apoderan del niño para que sea un instrumento dócil de sus futuras intenciones. Por doquier, lo mismo para el bien que para el mal, con la finalidad leal de auxiliarle o con el objetivo interesado de servirse de él como instrumento, se piensa en el niño. Ha nacido como individuo social. Es fuerte y penetra en todas partes. Ya no es únicamente un miembro de la familia; ya no es el niño que el domingo se paseaba dócilmente de la mano del padre, con sus vestidos de fiesta, atento a no manchar sus ropas. No, el niño es una personalidad que invade el mundo social.

Ahora bien, todo el movimiento producido a su alrededor tiene una significación. Como hemos dicho anteriormente, no ha sido provocado ni dirigido por iniciadores; ninguna organización lo coordina y esto demuestra que ha llegado la hora del niño. Se plantea, pues, una cuestión social considerable, con todo su poderío: La cuestión social de la infancia.

Es necesario comprender el alcance de un movimiento social en favor del niño; tiene una importancia inmensa para la sociedad, para la civilización y para toda la humanidad. Todas las obras diseminadas, creadas sin ligazón alguna entre sí, son el indicio real de que no tienen importancia constructiva: son únicamente la prueba de que ha aparecido un

impulso real y universal, hacia una gran reforma social. Esta reforma es tan considerable que anuncia nuevos tiempos y una nueva era de la civilización; somos los últimos supervivientes de una época, ya caduca, en la que los hombres sólo se ocupaban de construir un ambiente cómodo y fácil para sí mismos: un ambiente para la humanidad adulta.

Estamos en el umbral de una nueva época, en la que será preciso trabajar para dos humanidades distintas: la humanidad del adulto y la humanidad del niño. Y vamos hacia una civilización que deberá preparar dos ambientes sociales, dos mundos distintos: el mundo del adulto y el mundo del niño.

La tarea que nos espera, no es la organización rígida y exterior de los movimientos sociales iniciados. No se trata de facilitar una coordinación entre las diversas previsiones sociales públicas y privadas en favor de la infancia, para organizarlos conjuntamente. Seríamos entonces adultos organizándose para auxiliar un objeto exterior: el niño.

La cuestión social del niño, muy al contrario, penetra con sus raíces en la vida interior; se extiende hacia nosotros, los adultos, para sacudir nuestra conciencia y renovarnos. El niño no es un ser extraño que el adulto puede considerar desde el exterior, con ciertos objetivos. El niño es la parte más importante de la vida del adulto. Es el constructor del adulto.

El bien o el mal del hombre maduro tiene una relación muy estrecha con la vida infantil, que lo formó. Sobre el niño recaerán todos nuestros errores y él recogerá los frutos. Moriremos, pero nuestros hijos sufrirán las consecuencias del mal que habrá deformado su alma para siempre. El ciclo es continuo y no puede interrumpirse. Tocar al niño es tocar el punto más sensible de un todo que tiene sus raíces en el pasado más remoto y se dirige hacia el infinito del porvenir. Tocar al niño, es tocar el punto más delicado y vital donde todo puede decidirse y renovarse, donde todo

está lleno de vida, donde se hallan encerrados los secretos del alma, porque allí se elabora la educación del hombre.

Trabajar conscientemente en favor del niño e ir hasta el fin con la intención prodigiosa de salvarle, equivaldría a conquistar el secreto de la humanidad, como fueron conquistados tantos secretos de la naturaleza exterior.

La cuestión social de la infancia es como una pequeña planta nueva que apenas aflora en la superficie del terreno y que nos atrae por su frescura. Pero si pretendemos coger esta planta, descubrimos raíces duras y profundas, que no permiten arrancarla. Es preciso remover la tierra y cavar continuamente para darse cuenta que las raíces parten en todas direcciones y se extienden como en un laberinto. Para poder arrancar esta planta, sería preciso remover toda la tierra.

Estas raíces son el símbolo del subconsciente en la historia de la humanidad. Es preciso remover cosas estáticas incrustadas en el espíritu del hombre y que le han incapacitado para comprender al niño y adquirir el conocimiento intuitivo de su alma. La ceguera impresionante del adulto, su insensibilidad hacia sus hijos —frutos de su propia vida— tienen ciertamente raíces muy profundas, que se han extendido a través de las generaciones, y el adulto que ama al niño, pero que le desprecia inconscientemente, provoca en éste un sufrimiento secreto, espejo de nuestros errores y advertencia para nuestra conducta. Todo ello revela un conflicto universal, inconsciente, entre el adulto y el niño. La cuestión social de la infancia nos hace penetrar en las leyes de la formación del hombre y ayuda a crearnos una conciencia nueva y, por consiguiente, a dar una nueva orientación a nuestra vida social.

PRIMERA PARTE

EL SIGLO DEL NIÑO

El progreso realizado en pocos años en el cuidado y la educación de los niños ha sido tan rápido y sorprendente que debe atribuirse sobre todo a una toma de conciencia, más que a la evolución de los medios de vida. No sólo se ha producido el progreso debido a la higiene infantil, que se desarrolló en el último decenio del siglo XIX, sino que la propia personalidad del niño se ha manifestado bajo nuevos aspectos, adquiriendo gran importancia.

Actualmente, es imposible profundizar en cualquier rama de la medicina o de la filosofía, e incluso de la sociología, sin considerar las aportaciones que provienen del conocimiento de la vida infantil.

Un símil aproximado de la importancia de estos conocimientos podría ser la influencia clarificadora que tuvo la embriología sobre todos los conocimientos biológicos, e incluso sobre los conocimientos relacionados con la evolución

de los seres. Pero en el caso del conocimiento del niño, su influencia sobre todas las cuestiones que refleja la humanidad es infinitamente mayor que otras aportaciones.

Lo que podrá dar un definitivo y poderoso impulso a la mejora de los hombres no será el niño físico, sino el niño síquico. El espíritu del niño podrá determinar lo que quizá sea el progreso real de los hombres y acaso, ¿quién lo sabe?, el inicio de una nueva civilización.

La escritora y poetisa sueca Ellen Key ya profetizó hace tiempo que nuestro siglo sería el *siglo del niño*.

Quien tuviera la paciencia de investigar entre los documentos históricos, encontraría singulares coincidencias de ideas entre el primer discurso de la corona pronunciado por el rey de Italia Víctor Manuel III en 1900 (precisamente al pasar entre dos siglos) cuando sucedió al rey asesinado; refiriéndose a la nueva era que iniciaba el siglo, la llamó «el siglo del niño». Es muy probable que aquellos acentos proféticos fueran la imagen refleja de las impresiones despertadas por la ciencia que en el último decenio del siglo se había ocupado del niño doliente, agredido mortalmente por las enfermedades infecciosas, diez veces más que el adulto, y el niño víctima de los tormentos de la escuela.

Nadie pudo prever que el niño encerrase en sí mismo un secreto vital, capaz de arrancar el velo sobre los misterios del alma humana, una incógnita necesaria al individuo adulto para la resolución de sus problemas individuales y sociales. Este moderno punto de vista puede fundar una nueva ciencia investigadora sobre el niño, y su importancia puede influir en toda la vida social de los hombres.

El psicoanálisis y el niño

El psicoanálisis ha abierto un campo de investigación desconocido por completo, permitiendo penetrar en los secretos del subconsciente, pero no ha logrado resolver prácticamente ningún problema esencial en la vida; sin embargo, podrá prepararnos para comprender la aportación que puede hacer el niño.

Puede decirse que el psicoanálisis ha sobrepasado la corteza de la conciencia, considerada hasta ahora en psicología como una cosa insuperable, tal como eran consideradas en la historia antigua las columnas de Hércules, que, para los navegantes griegos representaban un límite, pasado el cual las supersticiones ponían el fin del mundo.

El psicoanálisis ha ido más allá, penetrando en el océano del subconsciente. Sin este descubrimiento precioso, sería difícil explicar vulgarmente la aportación que puede hacer el niño síquico al estudio profundo de los problemas humanos.

Ya sabemos que en principio, el psicoanálisis no era más que una nueva técnica para la curación de las enfermedades síquicas; fue, pues, en su inicio una rama de la medicina. Resultado verdaderamente luminoso del psicoanálisis fue el descubrimiento del maravilloso poder que tiene el subconsciente en las acciones de los hombres. Ha sido preciso realizar un estudio de las reacciones síquicas penetrando más allá de la conciencia, el cual ha revelado hechos secretos y reales, impensados, destruyendo por completo las viejas ideas. Ha revelado la existencia de un mundo desconocido, de considerable extensión, al cual se puede decir que va ligado el destino de los individuos. Pero no se aclara este mundo desconocido. Franqueados los límites de las columnas de Hércules, no se aventuraron en las inmensas exten-

siones del océano; una sugestión profunda, únicamente comparable a aquellos prejuicios griegos, contuvo a Freud por mucho tiempo dentro de los límites patológicos.

Ya en la época de Charcot, en el siglo pasado, apareció el subconsciente en el campo de la siquiatria.

Por una fermentación interior de los elementos desordenados constituyentes, abriéndose paso hacia el exterior, el subconsciente se ha abierto camino poniéndose de manifiesto; en casos excepcionales, se manifestaba en los estados de enfermedad síquica profunda. Por lo cual, los extraños fenómenos del subconsciente, contrastando con las manifestaciones de la conciencia, se registraban sencillamente como síntomas de la enfermedad. Freud hizo lo contrario: descubrió el camino para penetrar en el subconsciente con el auxilio de una técnica laboriosa, pero debió permanecer por largo tiempo en el campo patológico. Porque, ¿qué seres normales se someterían a las penosas pruebas del psicoanálisis? ¿No es una especie de disección operatoria del alma? Tratando las enfermedades, Freud dedujo las primeras consecuencias sobre la psicología, en gran parte deducciones personales sobre una base anormal, que dieron cuerpo a la nueva psicología. Freud imaginó el océano inmenso, pero no llegó a explorarlo; él determinó los caracteres del estrecho borrascoso.

Por esto las teorías de Freud no fueron satisfactorias: ni fue del todo satisfactoria la técnica del tratamiento de los enfermos, porque no siempre conduce a la curación de las «enfermedades del alma».

Por esto las tradiciones sociales, que son el fruto de antiquísimas experiencias, se levantaron como barrera infranqueable contra cualquier generalización de las teorías de Freud. En cambio una nueva verdad luminosa y resplandeciente hizo caer las tradiciones, como la realidad hace desaparecer las sombras. La exploración de esta inmensa rea-

lidad es bien distinta de la técnica de un tratamiento clínico o de una deducción teórica.

El secreto del niño

La tarea de penetrar en el vastísimo campo inexplorado, pertenece a diferentes sectores científicos y a diversas aclaraciones de conceptos; hay que estudiar al hombre en su origen, tratando de descifrar en el alma del niño su desarrollo a través de los conflictos con el medio ambiente, para conocer el trágico secreto de la lucha intensa, que obliga al alma humana a deformarse, permaneciendo oscura y tenebrosa.

Este secreto fue esbozado por el psicoanálisis. Uno de los descubrimientos más sensacionales, derivado de las aplicaciones de su técnica, fue el origen de las psicosis en la lejana edad de la infancia. Los recuerdos reunidos sobre el inconsciente, mostraban sufrimientos infantiles que no eran los ordinariamente conocidos, sino como adormecidos en la conciencia y, por consiguiente, lejos de la opinión dominante, de ser la parte más impresionante y perturbadora de todos los descubrimientos alcanzados por el psicoanálisis. Los sufrimientos eran de carácter puramente síquico: lentos y constantes. Completamente imperceptibles como hechos capaces de engendrar una personalidad adulta síquicamente morbosa. Era la *represión* de la actividad espontánea del niño debida al adulto, que tiene el predominio sobre el mismo y, por lo tanto, ligada al adulto que tiene la máxima influencia sobre el niño: la madre.

Es preciso distinguir perfectamente estos dos planos de investigación encontrados en el psicoanálisis: uno, más superficial, derivado del choque entre los instintos del individuo y las condiciones del medio ambiente a que debe adap-

tarse el individuo, condiciones que están en pugna con los deseos instintivos y de los cuales resultan los casos curables, cuando no es difícil hacer sobresalir en el campo de la conciencia las causas perturbadoras que han permanecido ocultas. Pero hay otro plano más profundo y es el de la memoria infantil, en el cual el conflicto no se desarrolla entre el hombre y su ambiente social presente, sino entre el niño y la madre; generalizando puede decirse: entre el niño y el adulto.

Este último conflicto apenas esbozado por el psicoanálisis, va ligado a enfermedades de difícil curación, por lo cual ha quedado fuera de la práctica profesional, dándole una importancia relativa de interpretación sobre las presuntas causas de enfermedad.

En todas las enfermedades, aunque sean de carácter puramente físico, se reconoce la importancia decisiva que pueden tener los hechos ocurridos en el período infantil; las enfermedades que tienen su origen en la infancia son las más graves y menos curables. Puede decirse que la infancia es la fragua de las predisposiciones.

Pero las indicaciones relativas a las enfermedades físicas, han hecho desarrollar algunas ramas científicas, como la higiene infantil, la puericultura y hasta la eugenesia, creando un movimiento social práctico de reforma del tratamiento físico del niño, pero no se ha llegado aún al psicoanálisis del mismo. La comprobación del origen infantil de las perturbaciones físicas del adulto, y de las predisposiciones que intensifican los conflictos de este adulto con el mundo exterior, no ha conducido a ningún resultado práctico para la vida infantil.

Es por ello que el psicoanálisis se ha valido de una técnica de sondeo del subconsciente. La misma técnica que ha permitido el descubrimiento e investigación del adulto, ha constituido un obstáculo para el niño. Este, que por su carácter

no se presta a la misma técnica, no debe recordar su infancia: él es la infancia. Es preferible observarle más que sondearle, pero observándole desde un punto de vista puramente síquico, de modo que se revelen los conflictos por que pasa el niño en sus relaciones con los adultos y con el ambiente social. Es evidente que ese punto de vista nos hace salir del campo de la técnica y de la teoría psicoanalítica, para invadir un nuevo campo de observación del niño en su existencia social.

No se trata de pasar a través de los difíciles sondeos relativos a individuos enfermos, sino de investigar en la realidad de la vida humana, orientada hacia el *niño síquico*. Y toda la vida del hombre en su desarrollo desde el nacimiento, se presenta en el problema práctico. Por el momento desconocemos la página de la historia humana que narra la aventura del hombre síquico: el *niño sensible* que encuentra obstáculos, que se halla sumergido en conflictos insuperables con el adulto, más fuerte que él, el cual lo domina sin comprenderle; es una página en blanco en la cual todavía no han sido escritos los sufrimientos desconocidos, que invaden el campo espiritual, virgen y delicadísimo del niño, organizando en su subconsciente un hombre inferior, distinto del que hubiera sido creado por la naturaleza.

Esta compleja cuestión es explicada por el psicoanálisis, pero no está relacionada con él. El psicoanálisis se limita a los conceptos de enfermedad y de medicina curativa; la cuestión del niño síquico contiene una profilaxis respecto al psicoanálisis: en efecto, se refiere al tratamiento normal y general de la humanidad infantil, tratamiento que ayuda a evitar obstáculos y conflictos, y por tanto sus consecuencias, que son las enfermedades síquicas de las que se ocupa el psicoanálisis; o bien los simples desequilibrios morales, que el psicoanálisis considera extendidos a casi toda la humanidad.

Alrededor del niño se forma, pues, un campo completa-

mente nuevo de exploración científica, independiente de su único campo paralelo que sería el psicoanálisis. Esto es esencialmente una forma de *aportación a la vida síquica infantil*, entrando de lleno en el campo de la normalidad y de la educación; su característica es la penetración de hechos síquicos ignorados todavía por el niño y al mismo tiempo el desvelo del adulto, el cual ha adoptado actitudes erróneas con relación al primero, originadas por el subconsciente.

La palabra *represión* de que habla Freud a propósito de los más profundos orígenes de las perturbaciones síquicas que se encuentran en el adulto, es una revelación en sí misma.

El niño no puede expansionarse como debiera ocurrir en un ser en vía de formación, porque el adulto lo reprime. *El adulto* es un concepto abstracto. Como el niño es un ser aislado en la sociedad, es el adulto quien ejerce una influencia sobre el mismo, y este adulto viene determinado inmediatamente: es el adulto que se halla más próximo al niño. Por consiguiente, es principalmente la madre, siguiendo a ésta el padre y, finalmente, los maestros.

Son estos adultos a los cuales la sociedad atribuye una tarea opuesta, pues les dedica el mérito de la educación y del desarrollo del niño. Pero del sondeo de los abismos del alma, surge un clamor potente de *acusación* contra aquéllos,

hasta ahora reconocidos como custodios y benefactores de la Humanidad, transformándose en *acusados*. Pero aunque todos son padres, madres, maestros y tutores de los niños, la acusación se extiende a los adultos y, más aún, a la sociedad responsable de los niños. Esta acusación sorprendente parece apocalíptica, es misteriosa y terrible como la voz del juicio final: «¿qué hiciste de los niños que te confié?»

La primera reacción ha sido una defensa, una protesta: «Hacemos todo lo posible por ellos, los niños son nuestro amor, los cuidamos con nuestros sacrificios». Esto es enfren-
tar dos conceptos opuestos: uno de ellos es consciente; el otro concepto se refiere a hechos inconscientes. La defensa es conocida, anticuada, sistemática y no interesa: lo que interesa es la acusación y el acusado, el cual va fatigándose en perfeccionar los cuidados y la educación de los niños, encontrándose metido en un laberinto de problemas, en una especie de bosque frondoso sin salida, porque ignora los errores que lleva consigo.

Las alocuciones en favor del niño, obligan a persistir en las acusaciones contra el adulto: acusaciones sin excepción ni remisión alguna.

Y esto tiene un rasgo característico, la acusación se transforma en un centro de interés fascinante, pues no denuncia los errores involuntarios (lo que sería humillante) indicando una malquerencia o disminución. Denuncia los errores *inconscientes*; y por esto enaltece conduciendo al descubrimiento de sí mismo. Y este engrandecimiento verdadero, viene del descubrimiento y de la utilización de lo desconocido.

Es por ello que en cada época la actitud de los hombres hacia sus propios errores, fue opuesta. Cada individuo se molesta y ofende por sus errores conscientes, siendo atraído y fascinado por los errores ignorados; porque el error ignorado contiene el secreto del perfeccionamiento hacia el *más*.

allá de los límites y ámbitos conocidos, elevándonos a un campo superior. Así ocurría con los caballeros de la Edad Media, siempre dispuestos a esgrimir sus armas en defensa de la más pequeña acusación que disminuyera su campo consciente, pero que se postraban humildemente ante un altar confesando: «soy culpable, lo declaro ante todos, la culpa sólo es mía». Los relatos bíblicos dan ejemplos interesantísimos de estos contrastes. ¿Qué causa reunió a la muchedumbre alrededor de Jonás en Nínive y entusiasmó calurosamente a todos, desde el rey al pueblo, haciéndoles seguir y engrosar el séquito del Profeta, íntimamente mezclados? Este les califica de tan tremendos pecadores, que de no convertirse, Nínive sería destruida. ¿Cómo llama Juan Bautista en las riberas del Jordán a la muchedumbre, qué calificativos adopta para obtener una aglomeración tan extraordinaria? Les llama: ¡raza de víboras!

Este es el fenómeno espiritual: personas que acuden para sentirse acusadas; y acudir es consentir, reconocer. Son acusaciones duras e insistentes que llaman sobre el inconsciente para que se identifique con la conciencia; todo el desarrollo espiritual es una conquista de la conciencia que asume lo que todavía se hallaba fuera de la misma, así como el progreso civil que avanza a lo largo del camino de los descubrimientos.

Para educar al niño de manera distinta, para salvarlo de los conflictos que ponen en peligro su vida síquica, es necesario en primer lugar un paso fundamental, esencialísimo, del cual depende todo el éxito: y es el de modificar el adulto. Este hace todo cuanto puede y como él dice, ya ama al niño hasta el sacrificio, confesando que se encuentra frente a lo insuperable. Necesariamente ha de recurrir al más allá, a más de todo cuanto es conocido, voluntario y consciente.

Además, existe lo que se ignora sobre el niño, pues una parte de su alma ha permanecido ignorada siempre y es pre-

ciso conocerla. Estudiando al niño se efectúan descubrimientos que conducen a lo desconocido, pues además del estudio de la psicología y la educación del niño, queda todavía el niño ignorado. Es necesario proceder a su investigación con un espíritu de entusiasmo y sacrificio, como hacen los que, sabiendo que en un lejano lugar de la tierra hay oro corren hacia países ignorados y remueven las rocas febrilmente, para descubrir el precioso metal. Y así debe proceder el adulto, buscando con ahínco la parte ignorada del alma del niño. Esta es la labor en que deben colaborar todos, sin diferencias de castas, razas y naciones, pues se trata de descubrir el *elemento indispensable* al progreso moral de la Humanidad.

El adulto no ha comprendido al niño y al adolescente y por ello se encuentra en lucha continua con los mismos: el remedio no consiste en que el adulto tenga alguna intelectualidad o que integre cierta cultura, más o menos imperfecta. No: es muy distinta la base que debe iniciarnos. En realidad el adulto lleva en sí mismo los errores todavía ignorados que le impiden *ver al niño*. Si no ha procedido a esta preparación y no se han conquistado las aptitudes en relación con la citada preparación, no es posible proceder de otra manera.

No es tan difícil como se supone el hecho de penetrar en sí mismo. Porque el error aunque sea inconsciente, origina la angustia del sufrimiento, y el más ligero síntoma de remedio, lo transforma en necesidad apremiante. Como el que tiene una luxación en un dedo, siente la necesidad perentoria de su curación, porque sabe que su mano no podrá trabajar y que su dolor no encontrará alivio, así también se siente la necesidad de corregir la conciencia, tan pronto como se ha comprendido el error: pues entonces es intolerable la debilidad y el sufrimiento resistido durante tanto tiempo. Hecho esto, todo se desarrollará fácilmente. Apenas

se haya formado en nosotros la convicción de que nos habíamos aplicado méritos excesivos, que nos habíamos creído capaces de actuar más allá de nuestros deberes y de nuestras posibilidades, entonces será posible e interesante reconocer los caracteres de las almas distintas de las nuestras, como son las almas de los niños.

El adulto se ha hecho extraño respecto del niño, no egoísta pero extraño, pues considera todo cuanto se refiere al niño síquico, como si se refiriera a sí mismo, logrando la incompreensión del niño. Y este punto de vista hace considerar al niño como un *ser vacío* que el adulto debe llenar con sus propios esfuerzos; como un *ser inerte e incapaz* para el cual el adulto todo lo debe hacer; como un *ser sin guía interior*, que el adulto debe guiar desde el exterior. En fin, el adulto es como el creador del niño y considera el bien y el mal de las acciones del niño desde el punto de vista de sus relaciones con él. El adulto es piedra de toque del bien y del mal. Es infalible, es el bien sobre el que debe modelarse el niño: todo cuanto en el niño se aleja del carácter del adulto, es un mal que éste se apresura a corregir.

En esta forma, que inconscientemente anula *la personalidad del niño*, el adulto actúa convencido de su celo, amor y sacrificio.

INTERMEDIO BIOLÓGICO

Cuando Wolf hizo público su descubrimiento sobre la segmentación de la célula germinativa, demostró el proceso de la creación de los seres vivos y, al mismo tiempo, daba un aspecto vivo y susceptible de observaciones directas a la existencia de directrices interiores hacia una forma prefijada. Fue él quien rebatió algunas ideas filosóficas como las de Leibnitz y de Spallanzani sobre la preexistencia de la forma completa de los seres en el germen. Estos suponían que en el óvulo, es decir, en el origen, estaba ya formado, aunque imperfectamente y en proporciones mínimas, el ser que después se desarrollaba al ponerse en contacto con un ambiente favorable. Estas ideas fueron deducidas de las observaciones sistemáticas sobre la semilla de una planta, que ya contiene entre los dos cotiledones, una plantita en la que se reconocen raíces y hojas, y que más tarde al depositarse en la tierra se desarrolla en una planta, con todo lo preexistente en el

germen. Por deducción se suponía un procedimiento análogo de reproducción en los animales y en el hombre.

Pero cuando Wolf, después del descubrimiento del microscopio, pudo observar cómo se forma un ser viviente, comenzando por el estudio del embrión en los pájaros, vio que el origen es una simple célula germinativa, en la que el microscopio, con la posibilidad que nos brinda de ver lo invisible, demuestra que no preexiste forma alguna. La célula germinativa (procedente de la fusión de dos células, masculina y femenina) no está compuesta más que de membrana, protoplasma y núcleo, como cualquier otra célula: de modo que representa sencillamente la célula elemental, en su forma primitiva, sin diferencia de clase alguna. Cualquier ser vivo, planta o animal, procede de una célula primitiva. Lo que se había observado antes del descubrimiento del microscopio, es decir, la plantilla dentro de la semilla, es un embrión ya desarrollado de la célula germinativa que ha superado la fase que se efectúa dentro del fruto, el cual después deposita en la tierra la simiente madura.

La célula germinativa posee, además, una propiedad singularísima: la de atraer materia alrededor de sus centros de atracción, siguiendo un designio preestablecido. Sin embargo, en la célula primitiva no existe el más pequeño vestigio de este designio.

Ya en su interior, se hallan unos pequeños corpúsculos: los cromosomas, que están relacionados con la herencia.

Siguiendo los primeros desarrollos de los animales, se ve que la primera célula se divide en dos células distintas y éstas en cuatro y así sucesivamente, hasta formarse una especie de pelota hueca que se llama morula, la cual se inflexiona formando dos estratos entre los cuales queda una abertura; así se forma una cavidad doble, abierta (gástrula). Y así continúa, a través de multiplicaciones, inflexiones, deformaciones y diferenciaciones, el desarrollo de un ser com-

plicado, de órganos y de tejidos. La célula germinativa, pues, aunque tan sencilla y privada de cualquier finalidad material, trabaja y construye con obediencia exactísima al mandato inmaterial que lleva en sí misma, como si fuera un siervo fiel, que sabe de memoria la misión recibida y que cumple exactamente; pero sin llevar sobre sí mismo documento alguno que pudiera revelar la orden secreta recibida. La misión se revela únicamente por la actividad de las células infatigables, y por el trabajo desarrollado. Fuera de la labor acometida, nada existe.

En los embriones de los mamíferos, y por consiguiente en los de los hombres, el primer órgano que aparece es el corazón, o mejor dicho, lo que será el corazón con el tiempo: una vesícula que súbitamente se pone a pulsar con orden, siguiendo un ritmo establecido, batiendo dos veces en el mismo período de tiempo empleado por el corazón materno para una pulsación. Y siempre continuará el ritmo sin paro alguno, porque es el motor vital que auxilia a todos los tejidos vivos que se van formando, facilitándoles los medios necesarios a la vida.

Y todo constituye un trabajo oculto y maravilloso, pues se desarrolla automáticamente: es el milagro de la creación a partir de la nada. Aquella sapientísima célula viva nunca flaquea encontrando en sí misma el poder de transformarse profundamente, bien en célula cartilaginosa, bien en célula nerviosa, bien en célula de revestimiento cutáneo, etc., tomando cada tejido su posición precisa. Esta maravilla de la creación, especie de secreto del Universo, permanece rigurosamente oculta; la naturaleza la rodea de velos impenetrables que sólo ella puede romper; cuando quiere lanzar a un nuevo ser maduro que debe aparecer en el mundo, como la *criatura que nace*.

Pero el ser que acaba de nacer no es solamente un cuerpo material; a su vez, es como una *célula germinativa* que

lleva en sí funciones síquicas latentes, de tipo perfectamente determinado. En efecto, el recién nacido funciona solamente en sus órganos; tiene que cumplir otras funciones; los instintos que no pueden situarse en una célula, se depositan y desarrollan en un cuerpo vivo, en un ser que ya ha nacido. Y, como toda célula germinativa lleva en sí la misión del organismo, sin que sea posible penetrar su misión por medio de documentos, así un cuerpo recién nacido, cualquiera que sea la especie a que pertenezca, lleva en sí mismo la traza de instintos síquicos, de funciones, que pondrán al ser en relación con el ambiente, para cumplir una misión cósmica, cualquiera que sea el ser; aunque se trate de un insecto. Los instintos maravillosos de las abejas les conducen a organizaciones sociales muy complicadas, aunque sólo actúan en ellas solas, pero no en los huevos ni en las larvas. El instinto de volar se manifiesta en los pájaros nacidos, pero no antes, y así sucesivamente.

En efecto, cuando el nuevo ser está formado, es un huevo espiritual con un depósito de guías misteriosas, las cuales dan lugar a los actos, caracteres y labores, es decir, a las funciones sobre el ambiente exterior.

El ambiente exterior no debe facilitar solamente los medios de la existencia fisiológica; requiere las misiones misteriosas que lleva en sí mismo, como cualquier ser que acaba de nacer y que es atraído por aquel ambiente, no solamente el vivir, sino ejercitar una función o cargo necesario para la conservación del mundo y de su armonía; cada uno según su especie.

El cuerpo posee la forma adecuada a esta superfunción síquica, que debe formar parte de la economía del universo. Que estas funciones superiores ya son innatas en el nuevo ser es evidente en los animales: sabemos que aquel mamífero será pacífico porque es un corderito y que aquél otro será feroz porque es un cachorro de león. Sabemos que aquel in-

secto trabajará infatigablemente dentro de una disciplina férrea inalterable porque es una hormiga y que otro cantará eternamente en la soledad, porque es una cigarra.

El recién nacido no es sólo un cuerpo dispuesto a funcionar; es un embrión espiritual provisto de directrices síquicas latentes. Sería absurdo pensar que precisamente el hombre, perfectamente caracterizado, distinto de las demás criaturas de la creación, por la grandiosidad de su vida síquica, fuese el único ser que no poseyera un propósito de desarrollo síquico.

El espíritu puede hallarse tan profundamente latente que no se manifieste como el instinto de los animales, pronto a revelarse en sus acciones establecidas. El hecho de no ser movido por instintos fijos y determinados como en los animales, es el signo de un fondo de libertad de acción que exige una elaboración especial, casi una creación, dejada al desarrollo de cada individuo y por consiguiente, imprevista, delicadísima, difícil y oculta. Es, pues, un secreto del alma del niño que no es posible penetrar si él mismo no lo revela, a medida que va construyéndose a sí mismo. Precisamente, como en la segmentación de la célula germinativa, donde nada se efectúa sin una misión concreta, pero una misión que ningún medio puede revelar y que se manifestará, sin embargo, al realizarse las diversas particularidades del organismo.

Y por esto solamente el niño puede hacernos revelaciones sobre la *misión natural del hombre*.

Pero por la sensibilidad que va unida a toda creación de la nada, la vida síquica del niño tiene necesidad de defensa y de un ambiente análogo a los envolventes y múltiples velos que la naturaleza ha dispuesto alrededor del embrión físico.

*"Y se oyó sobre la tierra
una vocecilla temblorosa
que no había sido oída nunca, saliendo de una garganta
que jamás vibró!"*

Me han hablado de un hombre que vivía en la oscuridad más profunda; sus ojos jamás habían visto la más tenue luz, como en el fondo de un abismo.

Me han dicho de un hombre que vivía en el silencio: jamás el más tenue ruido había llegado hasta sus oídos...

Oí hablar de un hombre que vivía sumergido en el agua: un líquido de extraña tibieza; y bruscamente salió al exterior, entre los hielos.

*Abrió sus pulmones, que nunca habían respirado (las fatigas y suplicios de Tántalo serían ligerísimos comparados con los suyos), y venció. El aire extendió de un solo impulso sus pulmones replegados, desde su origen.
Y el hombre gritó.*

*Y ahora... ved cómo se presenta:
una vocecilla temblorosa,
que no había sido oída nunca, saliendo de una garganta:
que jamás vibró!*

Era el hombre que salía del reposo.

¿Quién puede imaginarse lo que es el reposo absoluto?

El reposo del que ni siquiera ha de comer, pues otros comen en su lugar; que vive en el abandono de todas sus fibras porque otros tejidos vivos fabrican y le procuran el calor necesario a su existencia; sus tejidos más íntimos no han de defenderle contra los venenos y bacilos, porque otros tejidos lo hacen por él.

Únicamente su corazón ha trabajado, pues comenzó a latir antes de su venida al mundo, latiendo con ritmo doble al de los demás corazones.

Y he comprendido que era el corazón de un hombre.

*Y ahora... ved cómo se presenta:
emitiendo el gran grito conmovedor:
herido por la luz y los ruidos, fatigado en todas la fibrillas más
íntimas de su ser;
"¿Por qué me has abandonado?"*

¡Y ésta es la primera vez que el hombre refleja en sí mismo al Cristo moribundo, al Cristo que redime!

EL RECIÉN NACIDO

El ambiente supernatural

El niño que nace no entra en un ambiente natural: penetra en el ambiente de la civilización donde se desarrolla la vida de los hombres. Es un ambiente supernatural, fabricado al margen de la naturaleza, con la fiebre de facilitar la vida del hombre y su adaptación.

Pero, ¿qué providencia ha elaborado la civilización necesaria para auxiliar al recién nacido, para ayudar al hombre que realiza este esfuerzo supremo de adaptación, al pasar por el nacimiento, de una a otra vida?

Este paso difícil debería ser el objeto de un tratamiento científico en favor del recién nacido. En ninguna otra época de su existencia el hombre encuentra tal acumulación de luchas y contrastes, y, por consiguiente, de sufrimientos.

Pero, ¿no existe providencia alguna que facilite este tre-

mendo tránsito en la historia de la civilización humana? ¿Debería ser una página anterior a todas las demás, en la que tendría que consignarse lo que debe hacer el hombre civilizado para auxiliar al que nace: pero esta página está en blanco!

Sin embargo, muchos pensarán que las civilizaciones se preocupan considerablemente en la actualidad de los niños que nacen.

Pero, ¿cómo?

Cuando nace un niño todos se preocupan de la madre; dicen que la madre ha sufrido. Pero el niño, ¿no ha sufrido también?

Dicen que la madre necesita serios cuidados. Pero, ¿no necesita también cuidados el niño?

Se procura rodear en seguida a la madre de oscuridad y silencio, porque está fatigadísima.

Pero no lo está el niño, que procede de un lugar donde no llegaba ni la luz más tenue, ni el más leve rumor.

¿No se ha de preparar para el recién nacido la oscuridad y el silencio?

Ha crecido en un lugar resguardado de cualquier ruido, de cualquier oscilación de temperatura, en el líquido mórbido e uniforme, creado especialmente para su reposo, donde nunca le ha llegado el más mínimo rayo de luz, el más leve rumor, y de repente, deja su ambiente líquido para pasar al aire.

¿De qué modo el adulto va al encuentro del que viene de la nada y se halla ahora en el mundo, con aquellos ojos delicados, que nunca vieron la luz; y con aquellos oídos acostumbrados al silencio?

¿Cómo va al encuentro de aquel ser, cuyos miembros atormentados, jamás sufrieron contacto alguno?

Pasa súbitamente de un ambiente líquido al aire, sin

atravesar sucesivas transformaciones, como ocurre en la metamorfosis del renacuajo en rana.

Aquel cuerpo delicado se halla expuesto a choques brutales con los objetos sólidos; es manejado por las manos insensibles del adulto, que olvida su delicadeza, digna de toda veneración. Sí: el recién nacido es manejado brutalmente; su piel sedosa y delicada tiene que rozar con manos pesadas, con paños rugosos.

Verdaderamente la gente de la casa, apenas si se atreve a tocarle, pues es tan delicadillo, que padre y madre le miran con temor, confiándolo a *manos expertas*.

Sí, pero aquellas manos expertas que ahora le tocan, no son bastante hábiles para enfrentarse con un ser tan delicado; son manos rústicas que poseen la única habilidad de saber sostener al niño con seguridad.

Pero nunca se preparan para saber aproximarse a este ser tan delicado. ¿Por qué una enfermera antes de poder aproximarse a un enfermo adulto, debe practicar durante largo tiempo la técnica para mover el enfermo, o para aplicarle una pomada con delicadeza o adaptar una venda?

No ocurre así con el niño.

El doctor lo coge groseramente y mientras el recién nacido lanza sus gritos desesperados, todos sonríen complacidos; aquella es su voz; el lloriqueo es su lenguaje; aquellos gritos son necesarios para lavar sus ojos y dilatar sus pulmones.

Se viste rápidamente al recién nacido.

En otros tiempos se le envolvía rígidamente, como si estuviera enyesado, con pañales bastos, cuyos extremos libres se plegaban sobre él, fijándose con fuerza cruel.

Sin embargo, no es necesario vestir al recién nacido, ni en los primeros momentos de su existencia, ni en los primeros meses.

Efectivamente, si queremos seguir paso a paso la historia

del vestuario del recién nacido, veremos una evolución gradual que va desde los pañales rígidos a una indumentaria suave y ligera, con una disminución gradual de prendas de vestir. En cuanto a las vestiduras modernas del recién nacido, están en la actualidad bajo el cetro del desnudismo: un paso más y se abolirán por completo.

El niño debería permanecer desnudo, como viene representado en las bellas artes. Los angelitos son pintados o esculpidos completamente desnudos y la Virgen María adora en el pesebre al Niño Dios completamente desnudo, o le lleva así en sus brazos.

El niño recién nacido necesita ser calentado por un ambiente templado y no por los vestidos. Estos no almacenan calor suficiente para afrontar la temperatura exterior, habiendo vivido el niño en el calor del cuerpo materno. Ya sabemos que los vestidos no pueden hacer más que conservar el calor del cuerpo, es decir, evitar su dispersión. Y si un ambiente ha sido calentado convenientemente, los vestidos constituyen un obstáculo entre el calor del medio ambiente y el cuerpo del recién nacido que debe recibirlo.

Observemos que en los animales, aunque al nacer su cuerpo se halla recubierto de pelusilla o de plumillas, la madre los recubre para calentarlos.

No quiero insistir más sobre este tema. Tengo la seguridad de que si los americanos pudieran hablarme, me contarían los solícitos cuidados prodigados a los recién nacidos en su país y los alemanes e ingleses, me explicarían los considerables progresos alcanzados en sus respectivas naciones en este ramo de la medicina y enfermería. Yo debería contestarles que conozco perfectamente todas estas cosas, pues fui personalmente a estudiarlo en alguno de estos países, admirándome de tanto refinamiento. Pero he de decirlo en alta voz: falta todavía por doquier la nobleza de conciencia necesaria para acoger dignamente al hombre que nace.

Cierto que ya se hace mucho: pero, ¿qué es el progreso, si no se ve lo que no se percibía primeramente y debe sumarse a lo que parecía completo y quizás insuperable? Pues bien, el niño no ha sido comprendido dignamente en ninguna parte del mundo.

Vamos a tratar de otro punto de vista: indicaremos el hecho de que nosotros, amando profundamente al niño, casi poseemos un instinto de defensa contra él, el cual se manifiesta desde el primer instante que viene a visitarnos. No es solamente un instinto de defensa, es también de avaricia, pues nos hace correr a proteger las cosas que poseemos, aunque nada valgan.

Y desde este momento, en el alma del adulto se repetirá continuamente la cantinela obsesionante: tener cuidado absoluto de que el niño no estropee nada, no ensucie y no fastidie. ¡Sí! ¡Hay que defenderse contra él!

* * *

Creo que cuando la Humanidad haya adquirido una comprensión plena del niño, encontrará cuidados mucho más perfectos para el mismo.

Hace algún tiempo que se comenzó a estudiar en Viena el medio de atenuar los sufrimientos del recién nacido: se idearon colchones de sustancias absorbentes, que se tiran y se renuevan cada vez que han sido mojados.

Pero los cuidados a prodigar al recién nacido no deben limitarse a defenderle contra la muerte, aislándole de los agentes infecciosos, como se hace actualmente en las clínicas más modernas, donde las nurses que se aproximan a los niños se cubren la cara para que los microbios de su respiración no lleguen hasta la delicadísima piel del recién nacido.

Son los problemas relativos al «tratamiento síquico del niño» desde su nacimiento y a los cuidados que tienden a su adaptación al mundo exterior.

Para ello, deben realizarse experiencias sistemáticas en las clínicas y una propaganda intensa en las familias, al objeto de que pueda cambiar la actitud hacia el recién nacido.

En las familias ricas todavía se piensa en la magnificencia de la cuna y en los encajes preciosos para los vestidos del recién nacido. Si el látigo se usara como castigo, según este criterio absurdo, se emplearían látigos con puño de oro e incrustaciones de perlas, para los niños ricos.

El lujo desplegado para el recién nacido demuestra la ausencia absoluta de consideración al niño síquico. La riqueza de la familia debería aplicarse al confort y no al lujo del niño privilegiado. Para éste, el confort consistiría en tener un lugar de refugio contra los rumores de la ciudad, donde reinara silencio suficiente y donde se pudiera moderar y corregir la luz, como se hace, por ejemplo, en los templos, con auxilio de vidrios de color. La temperatura templada y uniforme que reina desde hace tiempo en las salas de operaciones, debería ser la dominante en el ambiente ideal para el niño desnudo.

Otro problema a resolver es el de mover y transportar al niño desnudo, reduciendo al mínimo la necesidad de tocarlo con las manos. El niño debería ser movido por medio de sostenedores ligeros y elásticos, como, por ejemplo, hamacas de redes delicadamente embutidas, que sostengan todo el cuerpo del niño, en una posición semejante a su posición prenatal.

Estos sostenes deberían ser manejados por manos ligeras, minuciosamente preparadas para ello, con delicadeza y lentitud. Su traslado en sentido horizontal o vertical requiere habilidad especial. En la enfermería se ha hecho un estudio semejante, pues se requiere una técnica especial, para

levantar un enfermo, y trasladarlo horizontalmente con lentitud. El transporte de un enfermo corresponde a la técnica más elemental de la asistencia. Nadie levanta un enfermo verticalmente con los brazos; se le mueve por medio de un sostén elástico, introducido delicadamente debajo de su cuerpo, de modo que no se altere su posición horizontal.

Pues bien, el recién nacido es un enfermo; como la madre, ha pasado un peligro de muerte; la alegría y satisfacción de verle vivo, viene del consuelo del peligro vencido. Con frecuencia el niño viene al mundo casi estrangulado, y sólo vive gracias a una respiración artificial, rápida y enérgica; a veces tiene la cabeza deformada por un hematoma. Se le ha de considerar, pues, como un verdadero enfermo, pero sin asimilarlo a un enfermo adulto. Sus necesidades no son las de un enfermo, sino las del que hace un esfuerzo inconcebible de adaptación, acompañado de las primeras impresiones síquicas, de un ser que viene de la nada, pero que es sensible.

El sentimiento hacia el recién nacido no es la compasión que se tiene por un enfermo o por un ser débil, sino la veneración por el misterio de la creación, por el secreto de un infinito, que se condensa dentro de límites apreciables.

He visto a un recién nacido, que apenas salvado de un peligrosísimo estado de asfixia, fue metido en una bañera situada en el suelo y mientras le bajaron rápidamente para sumergirlo en el agua, el niño cerró los ojos y se sobresaltó, extendiendo los brazos y las piernas, como si se sintiera caer.

Y esta fue su primera sensación de miedo.

La manera de manejar al recién nacido y la delicadeza de sentimientos que debería inspirarnos, nos hace pensar en los ademanes del sacerdote católico al mover la hostia ante el altar: con las manos purificadas, que han estudiado sus gestos más nimios y que con tanta delicadeza y majestad mueven aquella hostia, ora en sentido vertical, ora en sen-

tido horizontal, posándola de tiempo en tiempo, como si se debiera resquebrajar, como si aquellos movimientos fueran tan enérgicos que debieran interrumpirse. Y mientras apoya la hostia, el sacerdote se postra de hinojos para adorarla.

Aquél es un lugar de silencio, donde penetra la luz mitigada por las coloraciones de los cristales. Un sentimiento de esperanza, de elevación domina todo aquel ambiente sagrado: ambiente semejante al que ha de ser digno del niño.

* * *

Estableciendo un paralelo entre los cuidados prodigados al niño y los reservados a la madre, pensando qué ocurriría a ésta si fuera tratada como el recién nacido, nos daríamos cuenta, en seguida, de los errores cometidos.

Se deja inmóvil a la madre, mientras se transporta lejos de ésta al recién nacido para que no la estorbe con su presencia, llevándole a su lado únicamente cuando debe ser alimentado. Para estas idas y venidas se viste al niño de hermosos vestidos. Esto correspondería a que la madre tuviera que levantarse, en seguida de nacido el niño, y vestirse elegantemente, como para asistir a una recepción.

Se saca al niño de la cuna y se le eleva hasta el nivel de la espalda del adulto que ha de conducirlo, y seguidamente se le baja de nuevo para depositarlo en el lecho de la madre.

¿A quién se le ocurriría someter a la reciente madre a esos movimientos? La justificación que se usa generalmente es la siguiente:

El recién nacido no tiene conciencia de sí mismo (esta es la justificación), y sin conciencia no existe gozo ni sufrimiento. ¿Para qué aplicar tantos refinamientos?

¿Qué decir entonces de los cuidados prodigados a los enfermos que tienen la vida en peligro y se hallan en estado de inconsciencia?

Es la necesidad de auxilio, y no la conciencia de esta necesidad, que reclama la atención de la ciencia y del sentimiento.

¡No! ¡No existe justificación posible...!

El hecho es que, en la historia de la civilización, existe una laguna en lo que se refiere a la primera época de la vida; es una página en blanco, en la que nadie ha escrito nada porque nadie ha investigado las primeras necesidades del hombre. No obstante, cada día somos más conscientes de una impresionante verdad ilustrada por tantas experiencias, a saber, que los sufrimientos de la primera edad (y también de la época prenatal) influyen en toda la vida del hombre. La vida embrionaria y la vida infantil contienen (como todo el mundo reconoce actualmente) la salud del adulto, la salud de la raza. ¿Por qué entonces no se considera el nacimiento, que es la crisis más difícil de superar en toda la vida?

No sentimos al recién nacido; para nosotros no es un hombre. Cuando llega a nuestro mundo no sabemos recibirle, aunque el mundo que hemos creado le está destinado, para que lo continúe y lo haga avanzar hacia un progreso superior al nuestro.

Todo esto recuerda las palabras de San Juan Evangelista:

*Vino al mundo
y el mundo fue creado para Él,
pero el mundo no le reconoció.
Vino a su propia casa,
y los suyos no le recibieron.*

LOS INSTINTOS NATURALES

Los animales superiores, los mamíferos, guiados por sus instintos no han descuidado el período delicado y difícil de adaptación de sus recién nacidos. Así da el ejemplo la humilde gatita que vive en nuestra casa escondiendo a sus pequeños tan pronto nacen, buscando un lugar apartado y oscuro, estando muy celosa de su prole, hasta tal punto que no deja mirarlos. Al poco tiempo aparecen los gatitos.

Pero todavía se conocen mayores cuidados en los recién nacidos de los mamíferos, en estado completamente libre. Casi todos éstos viven reunidos en manadas numerosas, pero la hembra próxima al parto se aleja de esta sociedad, buscando un lugar apartado y oculto. Da a luz a sus pequeños y los mantiene en un aislamiento silencioso por un período de tiempo que varía según la especie, entre dos o tres semanas, un mes o más. La madre se transforma rápidamente en enfermera asistente de esta nueva existencia. Los pe-

queñuclos no podrían estar entre los matorrales o en las condiciones generales de un ambiente lleno de luz y de ruidos; por eso los tiene en un lugar tranquilo y abrigado. Aunque su hijo se presenta generalmente desarrollado en todas sus funciones, se sostiene sobre sus extremidades y anda, la madre, con esmerados cuidados de ternura y tentativas de educación, obliga a los queñuclos al aislamiento hasta que se hallan convencidos de sus propias funciones vitales y se han adaptado al nuevo ambiente. Entonces los lleva a los matorrales, a la sociedad de sus semejantes.

Realmente es impresionante la historia de estos cuidados maternos, todos esencialmente uniformes, aunque se trate de mamíferos de especies tan distintas como caballos, bisontes, jabalíes, lobos y tigres.

La hembra del bisonte, permanece varias semanas lejos de la manada, completamente sola con su ternero, cuidándolo con ternura admirable. Cuando tiene frío le rodea con sus piernas anteriores; cuando está sucio lo lame paciente para pulir su pelo; mientras lo amamanta se sostiene sobre tres patas para facilitar su nutrición. Después le conduce a su propia manada continuando su lactancia con la paciente indiferencia, común en todas las hembras de los cuadrúpedos.

Algunas veces no es solamente el aislamiento, sino un trabajo preparatorio intenso que desarrolla la madre en el último tiempo de su embarazo, con objeto de preparar un lugar adecuado para los que van a nacer. La loba, por ejemplo, se esconde en cualquier lugar sombrío del bosque, buscando un rincón aislado y tranquilo, así como una cueva que pueda servir de refugio. Si no encuentra un lugar adecuado, excava una galería o prepara una yacija en la cavidad de un árbol o perfora una madriguera que tapiza de cosas blandas, casi siempre de pelo propio que arranca de la proximidad de sus pezones, para facilitar de esta manera la lac-

tancia de sus pequeñuelos. Le nacen seis o siete hijos, con los ojos y oídos cerrados todavía, y los tiene escondidos, no dejándoles nunca.

Todas las madres durante este período se muestran celosísimas y agresivas contra quien se atreva a aproximarse a su madriguera.

Estos instintos se deforman cuando los animales viven en estado doméstico. Observemos que los cerdos hasta llegan a devorar a sus propios hijos, mientras que la hembra del jabalí es una de las madres más tiernas y afectuosas. Recordemos también que las leonas en estado de esclavitud, en las jaulas de los jardines zoológicos, también devoraron a sus propios hijos.

Por consiguiente la naturaleza despliega sus energías protectoras providenciales solamente cuando los seres pueden desarrollar libremente las directrices íntimas de los instintos fundamentales.

En el instinto hallamos una lógica clara y simple: el recién nacido de los mamíferos ha de ser cuidado especialmente en sus *primeros contactos* con el ambiente exterior y por ello hay que distinguir un primer período extremadamente delicado, que es el correspondiente a su llegada al mundo, al descanso necesario después del enorme esfuerzo del nacimiento y el comienzo simultáneo de todas las funciones.

Después de ello se inicia la llamada primera infancia o sea el primer año de vida; la lactancia, o sea la primera vida en el mundo.

Los cuidados de los animales que aislan a sus recién nacidos no se limita a sus cuerpos. La madre atiende de preferencia, en su aislamiento, al despertar síquico de los instintos que surgen de las profundidades del nuevo ser, para formar *otro individuo* de la misma raza: despertar que viene a través de luces atenuadas y rumores amortiguados en la

calma dominante. Y esto es atendido con ternura por la madre, mientras nutre, pule y ayuda cariñosamente a sus frutos. El pótro a medida que se consolidan sus extremidades habrá aprendido a conocer a su madre y a seguirla; pero habrá tenido tiempo para que se manifiesten los caracteres del caballo, en aquel cuerpo frágil y quebradizo. Han de entrar en funciones sus condiciones hereditarias; por ello, la yegua no deja ver a nadie a su hijo hasta que se ha transformado en un caballito, ni la gata permite que examinen sus frutos maternos, hasta que abren los ojos y pueden sostenerse sobre sus extremidades, en fin, hasta que se han transformado en gatitos.

Es evidente que la naturaleza vigila intensamente estas realizaciones poderosas. La misión de los cuidados maternos es una misión superior a la fisiológica. A través del amor tiernísimo y unos cuidados delicados, se atiende especialmente al despertar de los instintos latentes.

Se podría decir del hombre que, a través de cuidados delicadísimos a prodigar al recién nacido, se debe esperar el nacimiento espiritual del hombre.

EL EMBRIÓN ESPIRITUAL

La encarnación

La palabra encarnación evoca la figura del recién nacido considerándola como un espíritu que se ha encerrado en la carne, para venir a vivir en el mundo. El cristianismo contempla este concepto entre los misterios más venerables de la religión, el misterio en que se encarna el espíritu divino mismo: «*et incarnatus est de Spiritu Sancto: et homo factus est*».

En cambio, la ciencia considera el nuevo ser como algo que proviene de la nada: no como una encarnación, sino como carne. No es más que un desarrollo de tejidos y de órganos, que componen un todo viviente. También esto constituye un misterio: ¿por qué este cuerpo complejo y vivo proviene de la nada? No obstante, no tenemos intención de entretenernos en meditaciones de este tipo, sino de penetrar en la realidad, de introducirnos bajo la superficie.

En los cuidados a prodigar al recién nacido debe considerarse una *vida síquica*. Y si en el recién nacido existe una vida síquica, con mayor razón la tendrá en el primer año de su vida y más tarde también. El progreso actual en el tratamiento del niño consiste en no considerar solamente su vida física, sino también su vida síquica. En efecto, actualmente se repite que la educación debería comenzar desde el nacimiento.

Es evidente que la palabra *educación* no se emplea en el sentido de enseñanza, sino de ayuda al desarrollo síquico del niño.

Actualmente es posible suponer que el niño posee, desde su nacimiento, una vida síquica, pues se establece una distinción entre consciente y subconsciente; esta idea de subconsciente, llena de impulsos y de realidades síquicas, ha penetrado en los argumentos casi populares de nuestro tiempo.

No obstante, conservando los conceptos evidentes más elementales, se puede admitir que existe en el niño un juego de instintos, que no solamente se refieren a las funciones vegetativas, sino que también a las síquicas, como se observa en seguida en los recién nacidos de los mamíferos, cuando realizan los caracteres de la especie, rápidamente y por un hecho interior. El niño parece disponer de posibilidades más lentas en el desarrollo de sus movimientos que los recién nacidos de las especies animales. De hecho, mientras los órganos de los sentidos actúan desde el nacimiento, pues el niño al nacer es sensible bruscamente a la luz, al sonido, al tacto, etc., el movimiento está muy poco desarrollado.

La figura del recién nacido constituye el impresionante punto de partida: el niño que nace inerte y que permanecerá inerte por mucho tiempo; incapaz de mantenerse en pie, que necesitará más cuidados que un enfermo; el niño mudo que por mucho tiempo sólo dejará sentir su voz por medio del

llanto, del grito del sufrimiento, y que atraerá a las personas como si pidiera auxilio.

Este cuerpo aún tardará mucho tiempo, meses o un año, o quizás más, en levantarse y andar, aunque ya es el cuerpo del hombre niño. Y después de meses y años su voz será la de un hombre.

Con la palabra encarnación queremos referirnos ahora a los hechos síquicos y fisiológicos del crecimiento. Encarnación es el proceso misterioso de una energía que animará el cuerpo inerte del recién nacido y que dará a la carne sus miembros, a los órganos de articulación de la palabra el poder de actuar según la voluntad, y así se encarnará el hombre.

En efecto, resulta impresionante que el niño nazca y se mantenga tanto tiempo inerte, mientras que los pequeños mamíferos casi inmediatamente después del nacimiento, o por lo menos después de un tiempo brevísimo, ya se sostienen, caminan, buscan a la madre y poseen el lenguaje propio de la especie, aunque aún sea débil, imperfecto y casi patético. Pero los gatitos emiten realmente maullidos, y los corderitos dejan oír tímidos balidos, y el potro de un modo u otro relincha. Voces débiles, que tienden más bien al silencio, como demuestra el hecho de que en el mundo no resuenan los gritos y lamentos de los animales recién nacidos. Su tiempo de preparación es rápido: la preparación es fácil, la carne del animal ya nace animada del instinto que determina sus acciones. Ya se sabe cómo saltará el pequeño tigre, cómo brincará la cabrita que se ha levantado dificultosamente después del nacimiento. Por tanto, todo ser nacido no es sólo un cuerpo material: encierra funciones que no son las de sus órganos fisiológicos, sino que son funciones que dependen del instinto. Todos los instintos se manifiestan por el movimiento, y representan caracteres de la especie, que son más constantes y distintivos que la forma misma del cuerpo.

El animal —como lo dice la palabra— se caracteriza por la animación, no por la forma.

Podemos reunir todos estos caracteres que no son el funcionamiento del organismo vegetativo, y llamarlos caracteres síquicos. Pero estos caracteres ya se hallan en todos los animales desde el nacimiento: ¿por qué el hombre-niño carece de esta animación?

Una teoría científica explica que los movimientos instintivos de los animales son la consecuencia de experiencias realizadas por la especie en épocas anteriores y transmitidas por la herencia. ¿Por qué el hombre es un ser tan reactivo a heredar de sus abuelos? Sin embargo, los hombres siempre han caminado de pie y siempre han hablado un lenguaje articulado, transmitiendo esa herencia a sus descendientes. Sería absurdo pensar que el hombre, que se caracteriza y distingue de todas las demás criaturas por la grandeza de su vida síquica, sea el único que no posee un proyecto de desarrollo síquico. Bajo estas contradicciones debe ocultarse una verdad. El espíritu puede hallarse latente de un modo tan profundo que no se manifieste de la misma forma que el instinto de los animales, dispuesto a revelarse en sus acciones establecidas.

El hecho de no hallarse movido por instintos-guía fijos y determinados como en el animal, es un signo de una libertad de acción innata que requiere una especial elaboración, casi una creación que depende del desarrollo de cada individuo y que, por tanto, es imprevisible. Nos permitiremos recurrir a un símil bastante aproximado del argumento: el símil con los objetos que producimos. Hay objetos que se producen en serie: todos son iguales entre sí y se producen en cadena, con un molde o una máquina. Y hay objetos que se fabrican a mano, lentamente, y que resultan todos distintos. El valor de los objetos fabricados a mano reside en que cada uno lleva la huella directa del autor: la huella de la

habilidad de una bordadora, o la huella de la habilidad de un genio, si se trata de una obra de arte.

Se podría decir que la diferencia síquica entre el animal y el hombre es ésta: el animal es como el objeto fabricado en serie, cada individuo reproduce rápidamente los caracteres uniformes de toda la especie. En cambio, el hombre es como el objeto fabricado a mano: cada uno es distinto del otro, cada uno tiene un espíritu creador propio que lo convierte en una obra de arte de la naturaleza. Pero el trabajo es lento y prolongado. Antes de que aparezcan los efectos externos existe un trabajo íntimo que no es la reproducción de un tipo fijo, sino que es la creación de un tipo nuevo: y por ello constituye un enigma, un resultado sorprendente. Permanece oculto mucho tiempo, como ocurre con la obra de arte que el autor conserva en la intimidad de su estudio antes de exponerla en público.

El trabajo a través del cual se forma la personalidad humana es la obra oculta de la encarnación. El hombre inerte es un enigma. Ese cuerpo inerte contiene el mecanismo más complejo de todos los seres vivos, pero le pertenece, el hombre se pertenece a sí mismo. Debe encarnarse con ayuda de su propia voluntad.

Lo que corrientemente se llama *la carne* es el conjunto de los órganos de movimiento denominados en fisiología músculos voluntarios. La palabra misma indica que son movidos por la voluntad, y nada puede indicar mejor el hecho de que el movimiento va unido a la vida síquica. Sin los órganos, sin sus instrumentos, la voluntad no podría hacer nada.

Si los animales careciesen de sus órganos de movimiento, a pesar de los instintos, y sea cual fuere la especie, no podrían realizar nada. En su forma más perfecta, sobre todo en el hombre, los músculos son infinitamente más complejos y tan numerosos que los estudiantes de anatomía huma-

na suelen decir: «Para acordarse de todos los músculos es necesario haberlos olvidado por lo menos siete veces». Además, durante su funcionamiento, los músculos se asocian para desarrollar acciones complicadísimas. Algunos ejercen impulsos, otros toman una actitud pasiva; otros sólo son capaces de ejercer una aproximación, otros un alejamiento. ¡Y cuántas funciones opuestas no se efectúan por contraste, sino por armonía!

Una inhibición corrige un impulso, y por eso siempre le acompaña; un músculo que aproxima se halla articulado a otro que aleja. Son verdaderas asociaciones, es decir, grupos que se unen en movimientos únicos, y de ese modo el movimiento puede complicarse hasta el infinito; como ocurre, por ejemplo, con los movimientos de un malabarista, o los de la mano de un violinista, que puede imprimir al arco movimientos infinitesimales.

Cada movimiento es una asociación de acciones opuestas, cada modulación requiere la acción de casi un ejército que actúa simultáneamente a un ejército contrario, ambos hábilmente adiestrados hasta la perfección.

No se ha confiado por completo en la naturaleza, pues se ha dejado la parte más alta, que es la constructiva y directriz, a la energía individual, energía que se superpone a la naturaleza, y que es supernatural. Este es el hecho primordial que debe considerarse en el hombre. El espíritu humano animador debe encarnarse para actuar y abrirse paso en el mundo. Todo esto constituye el primer capítulo de la vida del niño.

La encarnación individual posee, por tanto, directrices síquicas: por esto en el niño debe existir una vida síquica que precede a la vida motriz, y que existe con anterioridad a toda expresión exterior e independiente de ésta.

Sería un error enorme creer que el niño es un ser débil en cuanto a sus músculos, porque no puede sostenerse de

ple y porque sólo el ser humano es incapaz de coordinar los movimientos.

La fuerza muscular del recién nacido es evidentísima en sus impulsos y en la resistencia de sus miembros. Nada es más perfecto que la difícil coordinación para chupar y deglutir, la cual se ejerce enseguida. La naturaleza pone a disposición del niño condiciones distintas de las de los animales recién nacidos. Deja el campo de los movimientos libre del absolutismo imperante de los instintos. Los instintos se retraen y los músculos esperan, fuertes y obedientes, una nueva orden; esperan el grito de la voluntad para coordinarse al servicio del espíritu humano. Éste ha de realizar los caracteres de un individuo anímico, no de una especie. Sin duda, son los instintos de la especie, que imprimen los caracteres fundamentales: se sabe que el niño andará en posición vertical y que hablará, pero puede resultar una variedad individual tan extraordinaria que puede llegar a constituir un enigma.

De todos los animalillos sabemos lo que llegarán a ser cuando adultos: será un excelente y ágil corredor si es una gacela, lento y pesado en su marcha si es un elefante, feroz si es un tigre, será roedor y devorador de vegetales si se trata de un conejo.

Pero el hombre todo lo puede; su inercia aparente prepara la sorpresa maravillosa de la individualidad. Su voz sin articulación, hablará un día, pero no sabemos cuál será su lenguaje. Hablará la lengua que sabrá recoger del ambiente que le rodea, prestando atención continuada, construyendo los sonidos con esfuerzos incalculables, las sílabas y por fin, las palabras. Será un constructor voluntario de todas sus funciones de relación con el ambiente; será el creador de un nuevo ser.

* * *

El fenómeno del niño inerte al nacer siempre ha dado lugar a reflexiones filosóficas: pero hasta ahora no había atraído la atención de los médicos, de los psicólogos y de los educadores; siempre había sido como uno de tantos hechos evidentes que no hay más que constatar. Muchos hechos permanecen así durante mucho tiempo, puestos a un lado, encerrados con llave entre los depósitos del subconsciente.

En cambio, en la práctica de la vida cotidiana, estas condiciones de la naturaleza infantil han tenido muchas consecuencias, que representan un gran peligro para la vida síquica del niño. Han hecho pensar, erróneamente, que quizás no sólo eran pasivos los músculos, es decir, que no sólo era inerte la carne, sino que quizás el niño mismo era inerte, como un ser pasivo y carente de vida síquica. Y ante el magnífico espectáculo, de tardía manifestación, el adulto se atrevió a formular la convicción equivocada de que era él quien animaba al niño con sus cuidados, con su ayuda. Lo convirtió en deber y responsabilidad; el adulto se presentó a sí mismo como el plasmador del niño y el constructor de su vida síquica. Imaginó que podía realizar desde fuera un trabajo creativo, estimulando, ofreciendo directivas y sugerencias, a fin de que en el niño se desarrollaran la inteligencia, el sentimiento y la voluntad.

El adulto se ha atribuido un poder casi divino: finalmente, piensa que es él el Dios del niño y piensa de sí mismo, como Dios en el Génesis: «Crearé el hombre a mi imagen y semejanza». La soberbia fue el primer pecado del hombre; el querer sustituirse a Dios fue la causa de la miseria de toda su descendencia.

En efecto, si el niño lleva consigo la clave de su propio

enigma individual, si posee un proyecto síquico y directrices de desarrollo, deben ser potenciales y extremadamente delicadas en las tentativas de realización. Y entonces la intervención intempestiva del individuo adulto, volitivo y exaltado por su ilusorio poder, puede anular estos proyectos o desviar su oculta realización.

El adulto puede realmente anular el designio divino hasta los orígenes del hombre, y entonces el hombre crecerá siempre, de generación en generación, deformado en su encarnación.

Este es el grande y fundamental problema práctico de la humanidad. Toda la cuestión se resume aquí: el niño posee una vida síquica activa aunque no puede manifestarla, porque debe elaborar lentamente y en secreto sus difíciles realizaciones.

Este concepto sugiere una visión impresionante: la de un alma encarcelada, oscura, que intenta salir a la luz, nacer y crecer, y que poco a poco va animando a la carne inerte, llamándola con el grito de la voluntad, asomando a la luz de la conciencia con el esfuerzo de un ser que nace. Y en el medio ambiente le espera el otro ser de ilimitado poder, enorme, gigantesco, que lo aferra y casi lo tritura.

En el medio ambiente no hay nada preparado para recibir el hecho grandioso que es la encarnación de un hombre: porque nadie la ve, y por esto nadie la espera (no dispone de ninguna protección, de ninguna ayuda).

El niño que se encarna es un embrión espiritual que debe vivir a expensas del ambiente, pero del mismo modo que el embrión físico necesita un ambiente especial que es el seno materno, este embrión espiritual necesita ser protegido por un ambiente exterior animado, cálido y amoroso, abundante en alimentos: un ambiente en el que todo sea acogedor y donde nada obstaculice el desarrollo.

Una vez comprendida esta realidad, el adulto debe cam-

biar su actitud hacia el niño. La figura del niño, embrión espiritual que se está encarnando, debe preocuparnos, debe imponernos nuevas responsabilidades.

Aquel cuerpecito tierno y gracioso que adoramos y colmamos de cuidados sólo físicos y que en nuestras manos casi se convierte en un juguete, asume otro aspecto e inspira reverencia. «*Multa debetur puero reverentia*».

La reverencia llega a través de ocultas fatigas: todo lo relativo a este trabajo creativo constituye un drama desconocido, que aún no ha sido escrito.

A ningún ser creado le corresponde la penosa sensación de la voluntad que aún no existe, pero que deberá mandar: y deberá mandar cosas inertes, para hacerlas activas y disciplinadas. En la conciencia ya empieza a aflorar una vida incierta y delicada, que pone los sentidos en relación con el ambiente, y que rápidamente se propaga a través de los músculos, en el perpetuo esfuerzo de realizarse.

Hay un canje entre el individuo, o mejor dicho, entre el embrión espiritual y el ambiente; a través de este canje se forma el individuo y se perfecciona. Esta actividad primordial, constructiva, es análoga a las funciones de la vesícula que representa el corazón en el embrión físico, la cual asegura el canje y la nutrición de todas las partes del cuerpo embrional, mientras se alimenta de los vasos sanguíneos de la madre, que es su ambiente vital. Así la individualidad síquica se desarrolla y organiza bajo la acción de este motor en relación con el ambiente exterior. El niño hace esfuerzos para asimilar el ambiente y de estos esfuerzos nace la unidad profunda de su personalidad.

Esta obra lenta y gradual es una toma de posesión continua del instrumento por parte del espíritu. Este ha de velar continuamente con esfuerzo propio por su soberanía, para que el movimiento no termine en inercia o se uniformice con los mecanismos. Debe mandar continuamente para que

el movimiento, libre de ser guiado por un instinto fijo, no conduzca al caos. Donde hay una creación siempre en acción, hay una energía constructiva de lo nuevo, contribuyendo a la obra perpetua de la encarnación espiritual.

Así se forma por sí sola la personalidad humana, como el embrión, y el niño se transforma en el creador del hombre, en el *Padre del hombre*.

En realidad, ¿qué hicieron el padre y la madre?

El padre actuó dando únicamente una célula invisible. La madre, además de una célula germinativa, ofreció el ambiente vivo adecuado, con todos los medios de desarrollo y protección, para que la célula germinativa por su propia actividad se segmentara tranquilamente, dando lugar al recién nacido, inerte y mudo. Cuando se dice que el padre y la madre han construido los hijos, se repite una expresión inexacta. Es preciso decir: el hombre ha sido construido por el niño, éste es el padre del hombre.

El esfuerzo oculto de la infancia debe considerarse sagrado: esta laboriosa manifestación merece una expectativa acogedora, porque en este período de formación se determina la personalidad futura del individuo.

De estas responsabilidades nace el deber de estudiar y penetrar con espíritu científico en las necesidades síquicas del niño, y prepararle un ambiente vital.

Nos hallamos en los primeros balbuceos de una ciencia que debe desarrollarse mucho, y a la que el adulto debe proporcionar la colaboración de su inteligencia para conseguir, a través de prolongados esfuerzos, la última palabra en el conocimiento de la formación del hombre.

LAS DELICADAS CONSTRUCCIONES SIQUICAS

Los periodos sensitivos

La sensibilidad del niño pequeñísimo, antes de que se halle animado de instrumentos expresivos, le conduce a una construcción síquica primitiva, que puede permanecer oculta.

Pero este concepto no corresponde a la realidad. Decir esto sería como afirmar que el niño recién nacido ya posee un lenguaje completamente formado en su interior, mientras que los órganos motores de la palabra son todavía incapaces de expresarlo. Lo que existe es la predisposición a construir el lenguaje. Algo parecido ocurre en cuanto a la totalidad del mundo síquico, del cual el lenguaje es manifestación exterior. En el niño existe la actitud creadora, la energía potencial para construirse un mundo síquico a expensas del ambiente.

Para nosotros tiene especial interés el reciente descubrimiento de la biología relativo a los llamados períodos sensitivos, estrechamente relacionados con el fenómeno del desarrollo. ¿De qué depende el desarrollo? ¿Cómo crece un ser viviente?

Cuando se habla de desarrollo, de crecimiento, se habla de un hecho que puede comprobarse exteriormente, pero desde hace muy poco tiempo se ha penetrado en algunas particularidades de su mecanismo interno.

En los estudios modernos existen dos factores para penetrar en tales conocimientos: uno, es el estudio de las glándulas de secreción interna, las cuales se refieren al crecimiento físico y se han vulgarizado en seguida por su considerable influencia práctica en el cuidado de los niños.

El otro es el de los períodos sensitivos, que permiten abrigar la posibilidad de comprender el crecimiento síquico.

El científico holandés Hugo de Vries descubrió los períodos sensitivos en los animales, pero fuimos nosotros, en nuestras escuelas, quienes hemos encontrado estos períodos sensitivos en el crecimiento infantil, y los hemos utilizado para la educación.

Se trata de sensibilidades especiales, que se encuentran en los seres en evolución, es decir, en los estados infantiles, los cuales son pasajeros y se limitan a la adquisición de un carácter determinado. Una vez desarrollado este carácter, cesa la sensibilidad correspondiente. Cada carácter se establece con auxilio de un impulso, de una sensibilidad pasajera. Por consiguiente el crecimiento no es algo impreciso, una especie de fatalidad hereditaria incluida en los seres; es un trabajo minuciosamente dirigido por los instintos periódicos, o pasajeros, que impulsan hacia una actividad determinada, que quizás es distinta de la que caracterizará al individuo adulto.

Los seres en los que De Vries descubrió por primera vez

los periodos sensitivos fueron los insectos, que tienen un periodo de formación muy conocido, porque experimentan metamorfosis que pueden observarse en laboratorios experimentales.

Tomaremos como ejemplo el que cita De Vries, el de un humilde gusano que es la oruga de una vulgar mariposa: se sabe que las orugas crecen con rapidez, alimentándose vorazmente, y que por tanto destruyen las plantas. Aquí se trata de una oruga que durante los primeros días de vida no puede alimentarse de las hojas grandes de los árboles, sino únicamente de las pequeñas hojas tiernas que se hallan en la extremidad de las ramas.

No obstante, el hecho es que la buena mariposa madre va por instinto a dejar los huevos precisamente en el punto opuesto, es decir, en el ángulo que forma la rama en el punto donde se insiere al tronco del árbol, para preparar a la descendencia un lugar seguro y resguardado. ¿Quién indicará a las pequeñas orugas, apenas salidas del huevo, que las hojas tiernas que necesitan se hallan en el ápice extremo y opuesto de la rama? Pero la oruga está dotada de una viva sensibilidad hacia la luz: la luz la atrae, la fascina; y el gusanillo va saltando, con el movimiento característico de las orugas, hasta la extremidad de la rama; y de ese modo se encuentra, hambriento, entre las hojas tiernas que le proporcionarán alimento. Resulta extraño que, apenas terminado este periodo, es decir, cuando ya ha crecido y puede alimentarse de otro modo, este ser pierde la sensibilidad hacia la luz. Después de cierto periodo, la luz lo deja indiferente, el instinto queda amortiguado y se apaga por completo; ya ha pasado el momento de utilidad, y ahora la oruga camina por otros lugares, para buscar otras realidades y otros medios de vida.

La oruga no ha quedado ciega ante la luz, sino sólo indiferente.

Es una sensibilidad activa que, en un instante, transforma en una especie de faquires ayunadores a las larvas de las mariposas, que fueron tan voraces para destruir hermosas y robustas plantaciones. Para su ayuno riguroso construyen una especie de sarcófago, donde quedarán sepultadas como seres sin vida; este trabajo es intenso e irresistible y en este sepulcro prepararán el ser adulto provisto de alas brillantísimas, llenas de belleza y luminosidad.

Es sabido que las larvas de las abejas pasan por un período en que todas las hembras pueden llegar a ser reinas. Pero la comunidad elige a una de éstas y para ella, únicamente, las obreras componen una sustancia nutritiva exquisita, llamada por los zoólogos «jalca real». Así la elegida, a través de banquetes reales, llega a ser la reina de la comunidad. Si pasado algún tiempo, se quisiera elegir otro individuo para el reinado y se le quisiera alimentar con el manjar más exquisito, no podría llegar a ser reina porque ha perdido el período de voracidad y, por consiguiente, su cuerpo ya no posee la capacidad de desarrollarse.

Esto permite comprender en seguida el punto esencial de la cuestión, con relación a los niños: la diferencia principal consiste en un esfuerzo anímico que conduce al cumplimiento de actos maravillosos y espléndidos, y luego en una indiferencia ciega e inepta.

En estos diversos estados, el adulto nada puede del exterior.

Pero si el niño no ha podido actuar según las directivas de su período sensitivo, se habrá perdido la ocasión de una conquista natural, y se habrá perdido para siempre.

Durante su desarrollo síquico, el niño realiza conquistas milagrosas; la costumbre de ver esas conquistas ante nuestros ojos cotidianamente nos convierte en espectadores insensibles. ¿Pero cómo se orienta el niño, venido de la nada, en este mundo tan complicado? ¿Cómo consigue dis-

tinguir las cosas y por qué extraño prodigio consigue aprender un lenguaje con sus particularidades más minuciosas, sin tener un maestro, sino simplemente viviendo? Viviendo con simplicidad, con alegría, sin fatigarse; mientras que un adulto, para orientarse en un ambiente nuevo, necesita tantas ayudas, y para aprender una nueva lengua debe realizar áridos esfuerzos, sin conseguir nunca la perfección de la lengua materna, que se aprende en la edad infantil.

Un niño aprende las cosas en los períodos sensitivos, que se podrían parangonar a un faro encendido que ilumina interiormente, o bien a un estado eléctrico que da lugar a fenómenos activos. Esta sensibilidad permite al niño ponerse en contacto con el mundo exterior de un modo excepcionalmente intenso. Y entonces todo le resulta fácil, todo es entusiasmo y vida. Cada esfuerzo representa un aumento de poder. Cuando, en el período sensitivo, ya ha adquirido unos conocimientos, sobreviene el torpor de la indiferencia, la fatiga.

Pero cuando algunas de estas pasiones síquicas se apagan, otras llamas se encienden y así la infancia pasa de conquista en conquista, en una vibración vigorosa continua, que hemos llamado el gozo y la felicidad infantil. Y en esta llama resplandeciente que arde sin consumirse se desarrolla la obra creadora del mundo espiritual del hombre. En cambio, cuando desaparece el período sensitivo, las conquistas intelectuales son debidas a una actividad refleja, al esfuerzo de la voluntad, a la fatiga de la búsqueda, y en el torpor de la indiferencia nace el cansancio del trabajo. Aquí reside la diferencia fundamental, esencial, entre la psicología del niño y la del adulto. Existe, pues, una especial vitalidad interior que explica los milagros de las conquistas naturales del niño. Pero si durante la época sensitiva un obstáculo se opone a su trabajo, el niño sufre un trastorno, o incluso una deformación, y éste es el martirio espiritual que

aún desconocemos, pero que casi todos llevamos dentro en forma de estigmas inconscientes.

Hasta ahora, el trabajo del crecimiento, es decir, de la conquista activa de los caracteres, había pasado inadvertido; pero una larga experiencia nos ha mostrado las reacciones dolorosas y violentas del niño cuando algún obstáculo externo impide su actividad vital. Como que ignoramos las causas de estas reacciones, las juzgamos sin causa y las medimos por su resistencia a ceder a nuestras tentativas para calmarlas. Con el vago término de caprichos denominamos fenómenos que difieren mucho entre sí; capricho es todo aquello que carece de causa aparente, todo aquello que puede considerarse como una acción ilógica e indomable. Sin embargo, observamos que algunos caprichos denotan una tendencia a agravarse con el tiempo; y esto indica la existencia de causas permanentes que continúan actuando y a las que, evidentemente, no hemos encontrado remedio.

Pero los períodos sensitivos nos pueden aclarar muchos caprichos infantiles; no todos, pues existen diversas causas de luchas internas, y además muchos caprichos ya son la consecuencia de desviaciones de la normalidad que aún se agravan más con un tratamiento erróneo. Pero los caprichos relacionados con los conflictos internos que tienen lugar durante los períodos sensitivos son tan pasajeros como el período sensitivo mismo, y no dejan huellas en el carácter; no obstante, comportan la grave consecuencia de obstaculizar el desarrollo, lo cual es irreparable en el futuro desarrollo de la vida síquica.

Los caprichos del período sensitivo son expresiones externas de necesidades insatisfechas, toques de alarma de una condición equivocada, de un peligro, y si se ha presentado la posibilidad de comprenderlos y satisfacerlos, desaparecen inmediatamente. Entonces se observa cómo al estado de agitación sigue un estado de calma. En cambio, ese

estado de agitación hubiera podido asumir finalmente la forma de enfermedad. Por tanto, es necesario buscar la causa de cada manifestación infantil, que nosotros denominamos caprichosa, precisamente porque esta causa se nos escapa, cuando podría representar en cambio una guía para penetrar en los rincones misteriosos del alma infantil, y preparar un período de comprensión y de paz en nuestras relaciones con el niño.

Investigando los períodos sensitivos

La encarnación y los períodos sensitivos pueden compararse a un orificio sobre el trabajo íntimo del alma en vía de formación, que permite entrever los órganos internos funcionando para elaborar el crecimiento síquico del niño. Aquéllos demuestran que el desarrollo síquico no viene por que sí y que no tiene sus estimulantes en el mundo exterior, sino que es guiado por las sensibilidades pasajeras constituyendo instintos temporales que presiden la adquisición de caracteres diversos. Aunque esto se produce a expensas del ambiente exterior, éste no tiene importancia constructiva alguna, pero ofrece únicamente los medios necesarios a la vida, paralelamente a lo que ocurre con la vida del cuerpo que recibe del ambiente sus elementos vitales por la respiración.

Son las sensibilidades interiores que guían en la elección de lo necesario en el ambiente multiforme y en las situaciones favorables a su desarrollo. ¿Cómo guían? Guían convirtiendo sensible al niño únicamente para ciertas cosas e indiferente para otras. Cuando se encuentra en un período sensitivo, es como si emanara del mismo una luz divina que iluminara únicamente ciertos objetos sin iluminar los demás y en aquéllos se concentra el universo para él. Pero

no se trata sencillamente de un deseo intenso de encontrarse en ciertas situaciones, de no absorber más que determinados elementos; existe en el niño una facultad especialísima, única y es la de aprovechar estos períodos para su crecimiento; es durante los períodos sensitivos que efectúa sus adquisiciones síquicas, como por ejemplo, la de orientarse en el ambiente exterior; o también, es capaz de animar de manera más perfecta e íntima sus instrumentos motores.

En estas relaciones sensitivas entre el niño y el ambiente está la llave que puede abrirnos el fondo misterioso en que el embrión espiritual desarrolla el milagro de su crecimiento.

Podemos representarnos esta maravillosa actividad creadora como una serie de emociones vivísimas que emanan del subconsciente, construyendo la conciencia del hombre al entrar en contacto con el ambiente. Parten de la confusión para alcanzar la distinción y la creación de la actividad: como ejemplo, las podemos imaginar en la adquisición del lenguaje.

En efecto, en medio de los confusos sonidos del caos, se destacan bruscamente, distintos, atractivos, fascinadores, los singulares sonidos de un lenguaje articulado incomprensible, y el alma, que todavía no desarrolla pensamiento alguno, escucha una especie de música deliciosa que llena su universo. Entonces, no todas las fibras del niño se conmueven, sino las más sensibles y finas: las fibras ocultas que, hasta entonces, no habían vibrado más que para gritar desordenadamente, se despiertan en un movimiento regular, con una disciplina y orden que modifican su manera de vibrar. Estos hechos preparan nuevos tiempos para el cosmos del embrión espiritual; vive intensamente su presente y se concentra en el mismo: la gloria futura del ser permanece ignorada.

Poco a poco el oído escucha y la lengua se mueve para

una nueva articulación; ésta que hasta entonces sólo había contribuido a desarrollar succiones, comienza a sentir vibraciones interiores, va buscando en la garganta, entre los labios, en las mejillas, como obedeciendo a una fuerza ilógica irresistible. Aquellas vibraciones son vitales pero no sirven todavía para nada... para nada más que procurar un gozo inefable.

El niño da muestras de este placer superior que ha nacido en él, cuando con los miembros contraídos, los puños cerrados, la cabeza erguida y vuelta hacia una persona que habla, fija con intensidad su mirada en los labios que se mueven.

Está desarrollándose un período sensitivo: es la orden divina que transmite un soplo mágico a las cosas inertes y las anima de espíritu.

Este drama interior del niño es un drama de amor; es la única realidad grande, que se desarrolla en las regiones ocultas del alma, y que por momentos, la llena en absoluto. Estas actividades maravillosas no discurren sin haber dejado trazos indelebles, que dejan al hombre más grande, procurándole los caracteres superiores que han de acompañarle durante toda su existencia; pero se desarrollan en la humildad del silencio.

Y por ello todo se efectúa de un modo tranquilo e inadvertido, hasta que las condiciones del ambiente exterior corresponden suficientemente a sus necesidades interiores. En la elaboración del lenguaje, por ejemplo, que es una de las actividades más difíciles y que corresponde a la intensidad máxima de los períodos sensitivos del niño, permanece en secreto, porque el niño siempre encuentra a su alrededor personas que hablan y que le ofrecen los elementos necesarios para su construcción. Lo único que nos permite apreciar desde el exterior el estado de sensibilidad del niño es su sonrisa, su gozo exuberante cuando llega a articular algunas

palabras cortas, claras, de modo que le permite distinguir los sonidos, como se distinguen las campanadas sonoras de las campanas de una catedral. O cuando se ve al niño calmarse en una actitud de beatitud, cuando al anochecer, el adulto le canta las notas armoniosas de una nana, repitiendo siempre las mismas palabras; en estas delicias, abandona el mundo consciente para entrar en el imperio de los sueños maravillosos. Nosotros lo sabemos y por ello repetimos al niño aquellas palabras cariñosas, para recibir, en cambio, su sonrisa angelical llena de vida. Es por esto que desde los tiempos inmemoriales las gentes acuden al anochecer cerca del niño que grita pidiendo palabras y música, con la misma ansiedad del ser que, expirando, pide auxilio y consuelo.

Estas son pruebas verdaderamente positivas de la sensibilidad creadora. Pero existen otras pruebas mucho más visibles que, sin embargo, tienen una significación negativa; es cuando en el ambiente se presenta un obstáculo que se opone al funcionamiento interior y oculto del niño, desviándolo y deformándolo. Entonces, la existencia de un período sensitivo, puede manifestarse con reacciones violentas, con desesperaciones que consideramos absurdas y que calificamos de caprichos. Los caprichos son la expresión de una perturbación interna, de una necesidad no satisfecha que crea un estado de tensión; representan un intento del alma para reclamar, para defenderse.

Se manifiestan por un momento de actividad inútil y desordenada que podría compararse en el campo físico a aquellos estados febriles que atacan a los niños de modo imprevisible, sin que correspondan a una causa patológica proporcionada. Es sabido que es propio del niño la particularidad de sufrir temperaturas elevadísimas para pequeñas enfermedades que no alterarían el estado normal del individuo adulto: una especie de fiebre fantástica que desaparece con la misma facilidad con que apareció. Pues bien, en el campo

síquico, pueden producirse agitaciones violentísimas por causas nimias, en relación con la sensibilidad excepcional del niño. Siempre se han observado estas reacciones; los caprichos infantiles se presentan ya desde el nacimiento y han sido considerados como una prueba de la perversidad innata del género humano. Pues bien, si cada alteración de funciones se considera como una enfermedad funcional, también se han de clasificar como enfermedades funcionales las alteraciones que se relacionan con la vida síquica. Los primeros caprichos del niño son las primeras enfermedades del alma.

Estas fueron observadas porque los hechos patológicos son los primeros que se perciben; la calma nunca plantea problemas y obliga a la reflexión: son los desórdenes que nos obligan a ello. Las cosas más aparentes de la naturaleza no son sus leyes, sino sus errores. Así, nadie se da cuenta de los signos exteriores imperceptibles que acompañan a las obras creadoras de la vida ni a las funciones que la conservan. Los fenómenos de la creación, como los de la conservación, permanecen ocultos.

Ocorre tanto con las cosas vitales como con los objetos que fabricamos: una vez terminados se colocan en escaparates; pero los laboratorios están cerrados al público, aunque constituyen la parte más interesante.

Así, el mecanismo de los diversos órganos interiores en el funcionamiento del cuerpo sin duda es admirable, pero nadie lo ve, nadie lo observa. El mismo individuo que posee estos órganos portentosos y que vive gracias a los mismos, ni siquiera recuerda su organización admirable. La naturaleza trabaja sin hacerlo saber a nadie, como se describe en la caridad cristiana: «que tu mano derecha no sepa lo que hace la izquierda». Este equilibrio armonioso de energías combinadas lo llamamos «salud, normalidad». ¡Salud, es el triunfo en todos sus detalles, el triunfo del fin sobre las causas!

Pero nosotros comprobamos objetivamente todos los detalles de las enfermedades, mientras que las laboriosas maravillas de la salud pueden permanecer ocultas. En realidad, en la historia de la medicina, las enfermedades han sido conocidas desde los tiempos más remotos. Se encuentran vestigios de cuidados de la cirugía en los tiempos más primitivos del hombre prehistórico y los principios básicos de la medicina aparecen en las civilizaciones egipcias y griegas. Pero el descubrimiento de los órganos interiores es muy reciente. El descubrimiento de la circulación de la sangre se remonta al siglo XVII de nuestra era; la primera disección anatómica de un cuerpo humano con objeto de estudiar sus órganos interiores se efectuó en 1600. Poco a poco fue la patología, es decir, la enfermedad, la que hizo penetrar y descubrir indirectamente los secretos de la fisiología, es decir, los secretos de las funciones normales.

No ha de sorprendernos, pues, que solamente las enfermedades síquicas hayan sido estudiadas en los niños y haya permanecido en la más profunda oscuridad el funcionamiento normal de su alma. Esto se explica por la delicadeza extrema de estas funciones síquicas que elaboran sus construcciones en la sombra, en el secreto, sin posibilidad alguna de manifestarse.

Esta afirmación tiene algo de sorprendente pero no es absurda. El adulto sólo ha tenido conocimiento de las enfermedades del alma infantil, pero no de su salud: el alma sana ha permanecido ignorada, como todas las energías del universo que no han sido descubiertas todavía.

El niño sano es como el mito del hombre creado por Dios a su imagen y semejanza, pero que nadie conoce, pues sólo se conoce su descendencia deformada desde el origen.

Si nadie auxilia al niño, si el ambiente no ha sido preparado para recibirlo, será un ser en peligro continuo bajo el punto de vista de su vida síquica. El niño es como un ex-

pósito, es decir, un abandonado, en el mundo. Está expuesto a encuentros obstruccionistas, a luchas por la existencia síquica, inconscientes pero reales, de consecuencias fatales en la construcción definitiva del individuo.

El adulto no le ayuda porque ni siquiera conoce la existencia de este esfuerzo, y por ello no reconoce el *milagro* que se está produciendo: el milagro de la creación de la nada, efectuado aparentemente en un ser sin vida síquica.

Este concepto lleva como consecuencia una nueva manera de tratar al niño, considerado hasta ahora como un cuerpecito vegetativo, que sólo necesita cuidados higiénicos. En la actualidad deben prevalecer las impresiones de las manifestaciones síquicas, y, por consiguiente, las acciones hacia las cosas que se esperan y no hacia las que ya han llegado. El adulto no puede permanecer ciego frente a una realidad síquica en vías de actuación en el recién nacido; es, pues, necesario que siga al niño en sus primeros desarrollos y le secunde. No ha de ayudarlo a construirse, pues este trabajo incumbe a la naturaleza; ha de respetar con delicadeza sus manifestaciones, facilitándole los medios necesarios para construirse y que no podría procurarse por sí solo.

Y si es así, si el niño sano se halla entre los secretos de las energías ocultas y si la vida síquica se va desarrollando sobre un fondo de desequilibrios funcionales, de enfermedades, debemos pensar en la enorme cantidad de seres deformados que sin duda deben engendrarse. Cuando aún no existía la higiene infantil, la mortalidad infantil imponía respeto por su impresionante cifra, pero no era el único fenómeno de la época: entre los sobrevivientes abundaban los ciegos, los raquíticos, los lisiados, los paralíticos y muchas otras monstruosidades y debilidades orgánicas que predisponían a las infecciones dispersas en el ambiente (tuberculosis, lepra, escrófula).

Debemos imaginar algo parecido en cuanto a la higiene

síquica del niño, situado en un ambiente en el que nada le protege ni salvaguarda; ignoramos la existencia de sus funciones ocultas, que vibran en un intento de crear una armonía espiritual.

Sobre todo, la muerte; y después de la muerte, un sinfín de deformaciones, cegueras, debilidades, desarrollos obstaculizados, y además la soberbia, el ansia de poder, la avaricia, la ira, el desorden que se desarrollan en una situación de trastorno moral de todas las funciones. Este cuadro no es una figura retórica, no es un parangón: sólo es la terrible realidad del presente espiritual descrito con las mismas palabras de un reciente pasado físico.

Algunas causas, por pequeñas que sean, si actúan en el origen de la vida, pueden comportar las más profundas desviaciones. Y el hombre crece y madura en un ambiente espiritual que no es el suyo. Como dice la tradición, el hombre vive tras haber perdido el paraíso de su vida.

Observaciones y ejemplos

Para demostrar la existencia de la vida síquica en el niño pequeñísimo, no es posible recurrir a experimentos científicos, como se efectúa en la psicología experimental, y como han intentado algunos psicólogos modernos, que han sometido los estímulos sensibles del niño a la experimentación, procurando atraer su atención, y esperando cualquier manifestación motriz, que represente una *respuesta síquica*.

Nada podrá probarse en una edad comprendida dentro del primer año de existencia, aun cuando ya exista una relación espiritual con los órganos de movimiento; es decir que la animación o encarnación ha de encontrarse ya en vías de desarrollo.

Mientras, es necesario que exista una vida síquica, aun-

que sea embrional, preexistente a cualquier animación del movimiento voluntario.

Pero la primera animación procede de un sentimiento. Así, por ejemplo, como ha demostrado Lewin con su vulgarización por medio de su cinematografía psicológica, el niño que desea un objeto, se echa encima del mismo con un salto de todo su cuerpo; y solamente mucho más tarde le será posible (con el progreso de las coordinaciones motrices) separar los diversos actos, como, por ejemplo, extender la mano para coger el objeto deseado.

Otro ejemplo presenta el niño de cuatro meses de edad, que se interesa en contemplar la boca de un adulto que le habla, expresándose por modulaciones vagas de los labios mudos, pero manifestándose, especialmente, con la expresión de la cabeza perfectamente rígida y altiva, como atraída por aquel fenómeno interesante. Solamente a los seis meses el niño podrá comenzar a articular alguna sílaba. Antes de iniciarse las articulaciones sonoras, existe un interés sensible en el almacenamiento de sonidos, elaborando en secreto la animación de los órganos del lenguaje, es decir que preexiste al acto, un hecho síquico generador. Estas sensibilidades son susceptibles de observación, pero no de experimentación. El experimento intentado por los partidarios de la psicología experimental, sería uno de los hechos externos, que podrían perjudicar el trabajo secreto de la vida síquica infantil, llamando intempestivamente al exterior a las energías constructivas.

La vida síquica del niño debe de observarse del mismo modo que Fabre investigó los insectos; buscándolos en su ambiente de vida, para sorprenderlos, y permaneciendo oculto para no perturbarlos. Es preciso comenzar hasta cuando los sentidos, como si fueran órganos prensiles, van aferrando y acumulando impresiones conscientes del mundo

exterior, porque una vida se está desarrollando espontáneamente a expensas del ambiente exterior.

Para auxiliar al niño, no es necesario acudir a difíciles habilidades de observación o convertirse en intérprete de las mismas; bastará hallarse dispuesto a secundar aquella ama de casa, que es el alma del pequeñuelo, porque la lógica será suficiente para convertirnos en su aliado.

Vamos a dar algún ejemplo que nos explique la simplicidad del procedimiento. Empezando por una de las cosas más comunes, se cree que el niño ha de estar siempre acostado, sólo porque no puede tenerse en pie. El niño debería adquirir sus primeras impresiones sensitivas del ambiente, del cielo, así como de la tierra, pero precisamente no se le concede la vista del cielo. En realidad contempla el techo de la habitación que, a lo sumo, será liso y blanco o la cubierta de su cochecito. Sin embargo, es con la vista que recogerá sus primeras impresiones, con las que ha de nutrir su espíritu hambriento. La idea de que el niño necesita ver alguna cosa es lo que ha inducido a presentarle objetos para distraer al niño de aquellas condiciones que erróneamente lo aíslan del ambiente. Entonces a semejanza del sicólogo experimental, habrá atado a la cuna el hilo de suspensión de una pelota que oscila en el aire o de otros objetos de color que se balancean, para distraer al niño. El niño ávido de recoger las imágenes del ambiente, sigue aquella pelota o aquellos objetos que se balancean delante de sus ojos y se ve obligado a seguirlos con la mirada, pues no puede mover la cabeza todavía, retorciéndose en un esfuerzo contra la naturaleza. Y este esfuerzo deformante es debido a la posición grosera y artificial en que se encuentra, tanto respecto al objeto como al movimiento de este objeto.

Bastaría levantar al niño, apoyándolo en un plano ligeramente inclinado, para que pudiera dominar el ambiente de la habitación; pero mejor sería colocarle en un jardín,

donde pueda seguir las suaves ondulaciones de las ramas en flor, las brillantes flores esparcidas a su alrededor, los pajarillos saltando y corriendo.

Es necesario que por mucho tiempo sean los mismos lugares los que sirvan de exploración al niño, pues viendo constantemente las mismas cosas, aprende a reconocerlas y a encontrarlas en su lugar respectivo, distinguiendo los movimientos de los objetos movidos por el aire, de los movimientos de los seres vivos.

EL ORDEN

Uno de los períodos sensitivos más importantes y más misteriosos es el que hace al niño sensible al orden.

Esta manifestación se presenta al final del primer año de su existencia y se prolonga durante el segundo año.

Podrá parecer maravilloso o extravagante que los niños posean un período sensitivo con relación al orden externo, mientras todos creen que los niños son desordenados por naturaleza.

Resulta difícil poder juzgar una actitud tan delicada cuando el niño vive en un ambiente cerrado como el de las ciudades, invadido por objetos grandes y pequeños que el adulto desplaza y mueve con finalidades completamente ajenas al niño. Si en aquel momento el niño atraviesa un período de sensibilidad hacia el orden, se verá rodeado de grandes obstáculos, y por consiguiente puede crearse en él un estado anormal.

¿Cuántas veces habréis visto llorar desesperadamente a un niño, sin razón alguna, es decir, caprichosamente?

¿Cuántas veces habréis observado niños pequeñísimos que lloran sin que se les pueda consolar?

En el alma del pequeñuelo hay profundos secretos, todavía desconocidos para el adulto que está con él.

Pero bastará solamente advertir la existencia de estas necesidades ocultas, para que el adulto preste la más extrema atención y pueda observar estos sentimientos específicos del alma del niño que se manifiestan.

Los niños pequeñitos demuestran un amor característico por el orden. Los niños de año y medio de edad a dos años demuestran claramente lo que ya se manifiesta más precozmente, aunque en forma más oscura: necesitan orden en las cosas externas. El niño no puede vivir en el desorden; éste le trastorna haciéndole sufrir, manifestándose el sufrimiento con un llanto desesperado y hasta con una agitación persistente, que puede tomar la forma de una enfermedad. El niño pequeñito observa enseguida el desorden que los adultos, y también niños mayores, no observan, pasándoles inadvertidamente. El orden en el ambiente externo toca evidentemente una sensibilidad que va desapareciendo con la edad; es una de aquellas sensibilidades periódicas, propias de los seres en períodos de desarrollo, que hemos llamado períodos sensitivos y es uno de los períodos sensitivos más importantes y misteriosos.

Pero si no existe el ambiente preparado y el pequeñuelo se encuentra entre los adultos, estas manifestaciones tan interesantes que se desarrollan pacíficamente, pueden convertirse en una congoja, en el enigma y el capricho.

Pero para poder registrar en los pequeñuelos una manifestación positiva de esta sensibilidad, es decir, una expresión de entusiasmo y de gozo en relación con su satisfacción íntima, es necesario que los adultos que le rodean se hallen

instruidos en estos estudios de sicología infantil, y con tanto mayor motivo que el período sensible del orden se manifiesta precisamente en los primeros meses de la vida. Solamente las *nurses*, preparadas especialmente siguiendo nuestros principios, pueden facilitar algunos ejemplos. Voy a citar el de una *nurse*, que recuerda como una niña de cinco meses que conducía lentamente a paseo en el interior de un cochecito por las avenidas de su quinta, mostró interés y gozo en ver una lápida de mármol blanco, encastrada en un muro antiguo de color gris. Aunque las avenidas estuvieran llenas de flores hermosísimas, la niña, en su paseo, cotidiano, parecía excitarse de placer al acercarse a aquella lápida, por lo cual la *nurse* paraba el cochecito cada día delante de aquel objeto que parecía tan extraño, para poder ofrecer un placer continuado a una niña de cinco meses.

A veces son los obstáculos los que nos facilitan una posibilidad para darnos cuenta de la existencia de un período sensitivo. El mayor número de caprichos precoces son debidos a estos períodos sensitivos. Voy a citar algunos ejemplos tomados de la vida real. He aquí una pequeña escena de familia: se trata de una niña pequeñita, de algunos meses, tendida ordinariamente sobre un mueble alto y oblicuo para que pudiera dominar el ambiente. La habitación no era la clásica *nursery*, blanca y lavable, construida según las normas higiénicas más modernas, pero se había instalado con el criterio de la higiene física; las ventanas estaban provistas de vidrios de color, algunos muebles graciosos, flores abundantes y, entre otras cosas, una mesa recubierta con un tapete amarillo. Entró un día una señora de visita y apoyó su sombrilla sobre la mesa. La niña comenzó a agitarse a causa de la sombrilla, porque después de haberla mirado con insistencia comenzó a llorar. Interpretando el llanto como un deseo de jugar con la sombrilla, se la aproximaron, pero la nena la rechazó. Entonces la sombrilla fue colocada

de nuevo sobre la mesa y la *nurse* tomando lentamente a la niñita la colocó sobre la mesa próxima a la sombrilla, pero la niña se agitó con mayor intensidad. Esta reacción debía ser interpretada por los no iniciados como un capricho precoz de los que se presentan desde el nacimiento. Pero la mamá de la niña, que poseía algunas nociones sobre estas primeras manifestaciones síquicas, separó la sombrilla de la mesa y la sacó de la habitación. Entonces la niña se calmó inmediatamente. La causa de la agitación era que la sombrilla sobre la mesa, no estaba en su lugar y este desorden turbaba violentamente el cuadro visual ordinario de las posiciones de los objetos en el orden que la niña recordaba.

Otro ejemplo: se trata de un niño mucho mayor, de un año y medio de edad, tomando yo parte activa en la escena. Me encontraba con algunas personas paseando por la Gruta de Nerón en Nápoles; con nosotros venía una joven señora que llevaba de la mano a un niño, demasiado pequeño para recorrer a pie aquel pasaje subterráneo que atraviesa una colina.

En efecto, al poco tiempo el niño se paró y la señora le tomó en sus brazos, pero ella no había calculado sus propias fuerzas, tenía mucho calor y tuvo que pararse para quitarse su abrigo que puso en el brazo. Con aquella carga, cogió al niño de nuevo en sus brazos; éste se puso a llorar en seguida y sus gemidos aumentaron considerablemente. La mamá procuró calmarle, pero todo fue inútil; estaba agotada y comenzaba a perder la paciencia. Toda la comitiva se puso nerviosa y para terminar le ofrecieron auxilio. El niño pasaba de brazo en brazo, cada vez más agitado, todos le reñían y gritaban, complicando la situación; parecía necesario que su mamá volviese a llevarlo. Pero aquello significaba ya la categoría de un capricho inadmisibile y parecía que se había llegado a una situación desesperada.

Entonces intervino el guía con su energía de hombre de-

cido y cogió al niño con sus brazos robustos. Este tuvo una reacción violentísima. Como yo pensaba que estas reacciones obedecen siempre a una causa psicológica, hice una tentativa, acercándome suavemente a la madre y diciéndole: «Señora, ¿me permite que la ayude a ponerse el abrigo?» Ella me miró sorprendida y confusa, pues tenía todavía bastante calor, pero se dejó poner el abrigo. El niño se calmó inmediatamente, cesaron las lágrimas y su agitación, diciendo: «Mamá! go! palda!», quería decir: «sí, mamá, el abrigo sobre la espalda!» Tenía el aspecto de reflexionar pensando: por fin, me han comprendido. Abrazaba con cariño a su mamá y la excursión terminó felizmente con toda tranquilidad. El abrigo se ha confeccionado para llevarlo sobre las espaldas y no para que forme un bulto incómodo sobre los brazos y aquel desorden en la persona de su mamá era causa del conflicto.

Asistí a otra escena familiar muy significativa. La mamá que se sentía indispuesta estaba sentada, mejor dicho, tendida sobre un sillón, en el que la enfermera había dispuesto dos almohadones y la niña que acababa de cumplir veinte meses, se acercó a su madre suplicándole «un cuento». ¿Qué mamá se resiste al deseo vehemente de contar algo a su hijo? Aunque sufriendo, la mamá comenzó el relato fabuloso, acompañado de la expresión de ansiedad del rostro de la niña. Pero sufría tanto, que no pudo seguir hasta el desenlace final: tuvo que levantarse y hacer que la condujeran a la cama, situada en la habitación vecina. La niña se puso a llorar permaneciendo junto al sillón. Era evidente para todos que la niña se asustaría por el estado de sufrimiento de la mamá, y se procuró tranquilizarla; pero cuando la enfermera quiso coger los almohadones del sillón, para llevarlos a la habitación contigua, la niña comenzó a gritar: «¡No, los almohadones, no!», como para decir: «¡Por lo menos que quede algo en su sitio!»

La niña fue llevada a la cama de la mamá, a fuerza de caricias y palabras melosas, donde a pesar de sus sufrimientos, la madre hizo esfuerzos para continuar la relación, pensando en satisfacer la creciente curiosidad de su hijita. Pero ésta sollozando y con su rostro inundado por las lágrimas continuaba repitiendo: «Mamá, sillón». Es decir, que su mamá debería continuar en el sillón.

La fábula ya no le interesó. Las circunstancias habían provocado un suceso: la mamá y los almohadones habían cambiado de lugar; la relación maravillosa comenzada en una habitación, terminaba en otra, y el conflicto desarrollado en el alma de la nenita, era dramático e irreparable.

Estos ejemplos indican la intensidad de este instinto, sorprendiendo su extrema precocidad, porque en el niño de dos años la necesidad de orden ya entra en un estado de calma, comenzando el período activo y tranquilo de sus aplicaciones. Uno de los fenómenos más interesantes es el que se observa en nuestras escuelas; si un objeto no se halla en su lugar, son los niños de dos años que se dan cuenta de ello y proceden a su ordenación. Aquéllos perciben en seguida los pequeños detalles de desorden, mientras pasan inadvertidos a los adultos y a niños mayores. Si por ejemplo, una pastilla de jabón ha quedado apoyada sobre un estante en lugar de la jabonera, si una silla no se halla en la fila correspondiente, el niño de dos años se da cuenta inmediatamente de ello y corre a corregir aquel desorden. Todo el público pudo observar fenómenos semejantes en nuestra escuela de cristal, construida dentro del salón principal del edificio central de la Exposición de San Francisco, el año de la inauguración del Canal de Panamá. Un niño de dos años, después de la escuela, cuidaba de poner todas las sillas en su lugar, alineándolas a lo largo de la pared. Parecía que reflexionaba durante su trabajo. Un día apoyando una silla grande, parecía indeciso, se alejó y retrocedió seguidamente para po-

per la silla ligeramente desviada; ésta era la verdadera posición de la silla grande.

Se diría que el orden constituye un estímulo excitante, un reclamo activo y, en realidad, es más que esto: es una necesidad que representa un goce efectivo en la vida. En efecto, se observa en nuestras escuelas cómo niños mucho mayores, de tres y hasta de cuatro años, después de terminado un ejercicio, llevan los objetos a su lugar respectivo, labor que efectúan espontáneamente y con mucho agrado. El orden de las cosas significa conocer la colocación de los objetos en el ambiente, recordar el lugar correspondiente a cada uno. Esto representa orientarse en el ambiente poseyéndolo en todas sus particularidades. El ambiente que pertenece al alma, es el ambiente conocido, aquél en que uno puede moverse con los ojos cerrados con la seguridad de poder coger con la mano todo lo que se busca. Es un lugar necesario para la tranquilidad y felicidad de la existencia. Evidentemente, el amor al orden de los niños, no es, como nosotros lo entendemos, con palabras frías.

Para el adulto se trata de un placer exterior, de un bienestar más o menos indiferente. Pero el niño se forma a expensas del ambiente y esta formación constructiva no se efectúa según una fórmula vaga, pues exige una guía precisa y determinada.

El orden para los pequeñuelos es como el plano de sustentación sobre el que se han de apoyar los seres terrestres para andar, es como el elemento líquido donde nadan los peces. En la primera edad se toman los *elementos* de orientación del ambiente en el cual el espíritu ha de proceder para sus conquistas futuras.

Que todo esto se refleja en un placer vital lo demuestran algunos juegos de niños muy pequeños que nos sorprenden por su falta de lógica y que se refieren al mero placer de volver a encontrar los objetos en su lugar de siempre. Antes

de ilustrarlo quiero citar un experimento realizado por el profesor Piaget de Ginebra con su hijo.

Escondía un objeto debajo del almohadón de un sillón y después alejando al niño, transportaba el objeto oculto debajo del almohadón del sillón opuesto. Su idea era de que no encontrando el niño el objeto en su lugar, lo buscaría en otra parte y para facilitar la búsqueda, el profesor escondía el objeto en un lugar análogo. El niño se limitaba a buscar debajo del primer almohadón, diciendo en su lenguaje: «no está», pero no hacía esfuerzo alguno para buscar el objeto desaparecido. Entonces el profesor repetía el experimento, haciendo ver al niño que trasladaba el objeto de un sillón a otro, pero el niño repetía la misma escena de la vez primera diciendo de nuevo: «No está». El profesor iba ya a deducir que faltaba inteligencia a su hijo y casi impaciente, levantó el almohadón del segundo sillón diciéndole: «¿pero no te diste cuenta de que yo lo había puesto aquí?» «Sí», respondió el chiquillo, señalando el primer sillón, «es allí que debe de estar».

El niño no concebía la acción de buscar un objeto, esto no le interesaba; su interés era de que el objeto se reintegrara a su sitio y seguramente juzgaba al profesor como a una persona que no comprendía el juego. ¿El juego no consistía en transportar un objeto y en colocarlo en su sitio? Y el esconderlo de que hablaba su papá ¿no era para efectuar aquellos manejos debajo del almohadón? Pero si el objeto no volvía a su sitio, es decir, debajo del primer almohadón, ¿qué finalidad tenía el juego?

Yo sentí una sorpresa extraordinaria cuando comencé a tomar parte en el juego del escondite con niños muy pequeños (de dos a tres años). Parecían encantados por este juego, felices y llenos de expectación, pero su juego consistía en que un pequeñuelo se escondía debajo de una mesa cubierta por un tapete en presencia de todos; luego salían los de-

más niñitos de la habitación y al entrar de nuevo, alzaban el tapete y con gritos de gozo inefable descubrían allí a su camarada. La maniobra se repetía varias veces y cada uno al llegarle el turno decía: «ahora voy a esconderme yo», y se metía debajo de la mesa. En otra ocasión vi a varios niños más crecidos que jugaban al escondite con un pequeñuelo; éste se ocultaba detrás de un mueble y los mayorcitos al entrar de nuevo en la habitación simulaban no verle, buscándole por todas partes pensando dar gusto así al pequeñuelo; pero éste gritó en seguida: «¡Estoy aquí!», con un acento que significaba: «¿Pero no habíais visto dónde estaba?»

Un día, yo misma tomé parte en uno de estos juegos infantiles: encontré un grupo de chiquillos que gritaban y batían palmas llenos de alborozo porque habían encontrado a su camarada escondido tras de una puerta. Vinieron a mí encuentro diciéndome: «¡Juega con nosotros, escóndete!» Acepté la invitación. Todos se escaparon hacia el exterior, como cuando se marchan para no ver dónde se esconde el compañero. Yo en lugar de situarme detrás de la puerta, me escondí en un rincón junto a un armario. Cuando regresaron los pequeñuelos, todos fueron a buscarme detrás de la puerta. Esperé un instante; y comprobando con cautela que ya no me buscaban, salí de mi rincón. Los niños estaban tristes y cariacontecidos: «¿Por qué no quisiste jugar con nosotros?, ¿por qué no te escondiste?»

Si es cierto que en el juego se busca un placer (y en efecto, los nenes gozaban repitiendo aquel absurdo ejercicio), hay que reconocer que la satisfacción que tienen los niños a cierta edad, consiste en hallar las cosas en su lugar respectivo. Y el juego del escondite lo interpretan como un pretexto para situar objetos en lugares escondidos o en encontrarlos en sitios invisibles, diciéndose en su interior: «No se ve desde aquí, pero yo sé dónde se encuentra y podré ha-

llarlo con los ojos cerrados, pues conozco perfectamente el lugar donde ha sido colocado».

Todo esto demuestra que la naturaleza da al niño la sensibilidad del orden para construirse un sentido interior que no se halla destinado a conocer la diferencia entre las cosas, sino las relaciones entre ellas y por eso las liga al ambiente formando un conjunto donde todas las partes dependen entre sí. En este ambiente, conocido en su conjunto, puede orientarse para alcanzar ciertos fines; sin estas adquisiciones faltarían las bases esenciales de la vida de relación. Equivaldría a poseer una excelente colección de muebles sin disponer de habitaciones donde colocarlos acertadamente. ¿De qué serviría la acumulación de las imágenes exteriores, si no existiera el orden para organizarlas? Si el hombre conociera únicamente los objetos y desconociera la relación entre los mismos, se encontraría en un caos sin salida. Es el niño que ha dotado el espíritu del hombre de esta facultad, que podría asemejar un don de la naturaleza; y es la posibilidad de orientarse, de dirigirse para trazar su camino en la existencia. En el período sensitivo del orden, la naturaleza ha dado la primera lección, de la misma manera que el maestro presenta a su alumno el plan de la clase, para iniciarle en el estudio del mapa que representa la superficie de la tierra; o también podemos decir que la naturaleza ha confiado al hombre, en la persona del niño, una brújula para orientarse en el mundo. La inteligencia del hombre no sale de la nada; se edifica sobre las fundaciones elaboradas por el niño durante sus períodos sensitivos.

El orden interno

La sensibilidad por el orden existe en el niño simultáneamente bajo dos aspectos: uno exterior, en cuanto a las rela-

ciones entre el niño y el ambiente, y uno interno, que da el sentido de las partes del cuerpo que actúan en los movimientos y en sus posiciones. Es lo que podríamos llamar «orientación interior».

La orientación interior ha sido estudiada por la psicología experimental; ésta ha reconocido la existencia de un sentido muscular que permite al individuo darse cuenta de las diversas posiciones de los miembros de su cuerpo y que regula una memoria especial: la memoria muscular.

Esta explicación establece una teoría puramente mecánica, fundada en la experiencia sobre los movimientos efectuados conscientemente. Por ejemplo: el individuo mueve un brazo para transportar un objeto; este movimiento queda registrado por la memoria y puede reproducirse. El hombre tiene, pues, la facultad de decidir el movimiento de su brazo derecho o de su brazo izquierdo; de volverse de un lado o de otro, gracias a la experiencia que le hace actuar sucesivamente según razón y voluntad.

Pero el niño ha manifestado la existencia de períodos sensitivos muy desarrollados, en relación con las posiciones diversas del cuerpo, mucho antes de que pueda moverse realmente; y por consiguiente, establecer experiencias sobre ello. Es decir, que la naturaleza prepara una sensibilidad especial a la actitud y posiciones del cuerpo.

Las antiguas teorías se refieren a los mecanismos nerviosos; los períodos sensitivos se apoyan sobre hechos síquicos, y son como relámpagos y vibraciones espirituales, que preparan la conciencia; son energías que nacen de la nada, para engendrar los elementos fundamentales, que servirán para la construcción del mundo síquico. Por consiguiente, es por un don de la naturaleza que se inicia esta elaboración; y las experiencias conscientes lo desarrollan. Las pruebas negativas que denuncian no solamente la existencia, sino la agudeza de este período sensitivo se efectúan cuando en el am-

biente se forman circunstancias que obstaculizan el desarrollo normal y pacífico de las conquistas creadoras. Entonces nace en el niño una agitación violenta que no sólo posee los caracteres perfectamente conocidos del capricho invencible, sino que puede presentar las apariencias de una enfermedad que resiste a todos los tratamientos, mientras subsistan las circunstancias desfavorables.

Vencido o desaparecido el obstáculo, el capricho y la enfermedad se desvanecen inmediatamente. Y esto indica claramente la causa del fenómeno.

Un ejemplo interesante ha sido citado por una *nurse* inglesa. Debiendo alejarse por algún tiempo de la familia del niño confiado a sus cuidados, dejó para sustituirla a otra *nurse* igualmente hábil. Ésta encontró fácil la realización de su misión cerca del pequeñín, excepto para el baño. El niño se agitaba y desesperaba: no solamente lloraba, efectuaba movimientos desesperados y violentos, procurando escaparse de las manos de la *nurse*. Ésta procuraba cada día perfeccionar los preparativos del baño, pero en vano; paulatinamente el niño cogió aversión a la pobre *nurse*. Cuando la primera *nurse* regresó de su viaje, el niño mostró en seguida su docilidad, dejándose bañar y mostrando satisfacción evidente.

La *nurse* había sido preparada en nuestras escuelas, y por ello se interesó en buscar los elementos síquicos y en descifrar el enigma infantil relacionado con los fenómenos que hemos relatado. Con gran paciencia procuró descifrar e interpretar las palabras imperfectas que dicen los pequeñuelos en aquella edad primeriza.

Llegó a la conclusión de que el nene había juzgado que la segunda *nurse* era mala. ¿Por qué motivo? Porque le daba el baño al revés. Las dos *nurses* comprobaron, en efecto, que mientras la primera cogía al niño con su mano derecha del lado de la cabeza y con la mano izquierda, del lado de los

pies, la segunda *nurse* tenía la costumbre de hacer lo contrario.

En cierta ocasión intervine en un caso patológico. No directamente como médico, pero pude asistir al desarrollo del proceso. La familia acababa de regresar de un larguísimo viaje y todos opinaban que uno de sus chiquillos era demasiado pequeño para resistir las fatigas inherentes al mismo. Sin embargo, la mamá explicaba que el viaje se había efectuado sin incidente alguno. Todas las noches se habían alojado en hoteles excelentes, avisados con antelación y en todos ellos se había preparado una cuna confortable y alimentos adecuados para el pequeñuelo. Entonces se encontraban en una cómoda habitación perfectamente amueblada, no había cuna para el nene, y éste dormía en un amplio lecho, junto a su mamá. La enfermedad del niño debutó con agitaciones nocturnas y disturbios digestivos. Por la noche se tuvo que pasear al pequeñuelo, cuyos gritos se atribuían a trastornos digestivos. Consultaron a varios médicos y uno de ellos había ordenado alimentos modernos a base de vitaminas, que recibían preparados con todo esmero. Los baños de sol, los paseos y los tratamientos físicos, no habían dado ningún alivio. El niño empeoraba y las noches las tenían que pasar en vela, fatigándose toda la familia. Al final, se presentaron convulsiones violentas; el niño se agitaba enérgicamente en la cama, en espasmos impresionantes; estos ataques se presentaban dos o tres veces por día. El niño era demasiado pequeño para poder expresarse con palabras, y por consiguiente faltaba el auxiliar más poderoso para indagar su dolencia. Por fin decidieron consultar al especialista más renombrado en enfermedades nerviosas infantiles y le pidieron día y hora para ser visitado. En estas circunstancias tuve ocasión de intervenir; el niño parecía sano, y según decían sus padres, había estado bien de salud y tranquilo durante todo el viaje. Por consiguiente debía de existir una causa

síquica en estas manifestaciones; un enigma infantil. Mientras me hacía estas reflexiones, el nene se encontraba en la cama, sufriendo uno de aquellos accesos de agitación violenta. Tomé dos sillones, los puse uno delante del otro, formando como una especie de cuna, que rellené con almohadones, puse las correspondientes sábanas y mantas, dejando la cuna así formada junto a la cama. El niño miró sorprendido, dejó de llorar, rodó sobre sí mismo por la cama hasta dejarse caer en aquella cunita improvisada, diciendo: «¡cama, cama!» y pronto se quedó dormido tranquilamente. Sus perturbaciones patológicas ya no se presentaron más.

Es evidente que el niño era sensible al contacto de una camita que envolviese su cuerpo y sus miembros encontrasen un apoyo acariciador mientras que la cama grande no le ofrecía protección alguna. Se había producido un desorden en su interior, originando aquel conflicto terrible; pues los períodos sensitivos son muy poderosos, son la fuerza excitante de la naturaleza creadora.

El niño no siente el orden como lo sentimos nosotros: somos ricos de impresiones y por consiguiente ya indiferentes; pero el niño es pobre y viene de la nada. Todo lo que él hace, lo hace a partir de la nada. Sobre él recaen las fatigas de la creación, somos sus herederos. Somos como los hijos de un hombre que ha acumulado riquezas con el sudor de su frente y nada comprendemos de las intensas luchas y fatigas que tuvo que sufrir nuestro padre; somos ingratos e indiferentes, tomando actitudes de superioridad porque estamos bien instalados y la sociedad nos considera. A nosotros nos bastará en lo sucesivo hacer uso de la razón preparada por el niño, de la voluntad que nos ha construido, de los músculos que ha animado para que podamos hacer uso de los mismos. Y nosotros podemos orientarnos en el mundo, porque él nos ha hecho don de esta facultad preciosa y somos conscientes de nosotros mismos, porque él nos ha fa-

cilitado esta sensibilidad. Somos ricos por ser herederos del niño, el cual ha sabido extraer de la nada todos los elementos fundamentales de nuestra existencia. El niño cumple el esfuerzo inmenso de dar el primer paso o sea el que va de la nada a los orígenes. Está tan próximo a las fuentes de la vida, que actúa para actuar, ejecutándose así el plan de la creación, del que no tenemos recuerdo ni sensación.

LA INTELIGENCIA

El niño nos ha demostrado que la inteligencia no se construye lentamente desde el exterior, como suponía la psicología mecánica; psicología que, en la práctica, aún influye sobre la educación y, por consiguiente, sobre el tratamiento del niño. Según este concepto, los objetos exteriores chocan y fuerzan, por decirlo así, la puerta de los sentidos, cruzándola, gracias a una transmisión procedente del exterior. Esos objetos se insinúan en el campo síquico, asociándose los unos a los otros y organizándose poco a poco contribuyen a la construcción de la inteligencia.

El antiguo refrán: «*Nihil est in intellectu quod non fuerit in sensu*» (Nada existe en la inteligencia que no haya sido percibido por los sentidos) condensa y resume este conjunto de interpretaciones. Este concepto indica que el niño, síquicamente considerado, es una cosa pasiva a merced del ambiente y por consiguiente bajo la dirección absoluta del adulto.

A esto hay que añadir el otro postulado extendido que, no solamente es pasivo el niño desde el punto de vista síquico, sino que es como un recipiente vacío, que se ha de modelar y rellenar.

Nuestra experiencia no conduce a la disminución de la importancia del ambiente en la construcción del espíritu. Es sabido que nuestra pedagogía da al ambiente una importancia tan grande que le erige en base central de toda la construcción pedagógica. Conviene observar que consideramos las sensaciones de una manera más fundamental y sistemática, que en cualquier otro método de educación. Existe, sin embargo, una diferencia esencial entre el viejo concepto del niño pasivo y la realidad; es la existencia de la sensibilidad interior del niño. Hay un período sensitivo muy prolongado, que dura casi hasta la edad de cinco años y que hace al niño capaz de apropiarse las imágenes del ambiente, de una manera extraordinariamente prodigiosa. El niño es un observador que registra activamente las imágenes por medio de sus sentidos, lo que es distinto de recibirlas como si se tratara de un espejo. Puede observarse que lo hace gracias a un impulso interior, a un sentimiento especial y que por consiguiente, elige sus imágenes. Este concepto fue ampliado por James cuando dijo que nadie ve nunca un objeto con todos sus detalles; cada individuo ve sólo una parte de los mismos, de acuerdo con sus propios sentimientos e intereses. Por este motivo un mismo objeto puede ser descrito de formas muy distintas por las diversas personas que lo han observado. Sus ejemplos son excelentes; decía: «si luces un vestido nuevo que te gusta mucho, por la calle observarás los vestidos de las personas elegantes y en tu distracción correrás el peligro de ser atropellado por un automóvil».

Podría preguntarse cuáles pueden ser las preocupaciones que guían al pequeñuelo en la elección entre las infinitas imágenes que encuentra a su alrededor. Es evidente que el

niño no puede tener todavía esta preocupación de origen exterior citada por James, pues todavía carece de experiencia. El niño parte de la nada y es el ser activo que avanza solo. La base alrededor de la cual actúan interiormente los periodos sensitivos es la razón. Los razonamientos germinan poco a poco como algo vivo que crece y se concentra, gracias a las imágenes tomadas del ambiente.

Esta es la fuerza irresistible, la energía primordial. Las imágenes se organizan en seguida al servicio de los razonamientos, y es para este servicio que el niño absorbe las imágenes, primitivamente. Está ávido de imágenes, mejor dicho, es insaciable. Se ha comprobado siempre que el niño siente una atracción invencible por la luz, los colores vivos, los sonidos, y goza de los mismos con vivacidad evidente. Pero queremos demostrar el hecho interior, es decir, el razonamiento en estado germinativo. No es necesario recordar que las condiciones síquicas del niño son dignas de veneración y merecen nuestro auxilio: en sus orígenes, el niño surge de la nada, creando lo que caracteriza la superioridad del hombre, es decir, la razón. Avanzará sobre esta vía mucho antes de que sus piecillos comiencen a avanzar en su misión de transportar su cuerpo.

Un ejemplo ilustra más que una discusión y a tal efecto recuerdo un caso impresionante.

Se trata de un niño de cuatro semanas que todavía no había salido de casa. La *nurse* lo tenía en los brazos cuando se presentaron juntos delante del niño, el padre y un tío que residía con ellos en la misma casa. Los dos hombres tenían sensiblemente la misma estatura y la misma edad. El pequeño hizo un movimiento de sorpresa y casi de miedo. Los dos hombres permanecieron delante del niño, pero separándose y dirigiéndose uno a la derecha y otro a la izquierda. El pequeño volvió la cabeza siguiendo a uno de ellos con

la vista con una preocupación evidente y después de mirarle con atención durante largo tiempo, le sonrió.

Pero con un movimiento rápido volvió la cabeza y pronto su mirada tomó un aspecto de preocupación y para fijarse en el otro sujeto y solamente después de largo tiempo se puso a sonreír.

Repitió varias veces estas transacciones de preocupación a la sonrisa y una veintena de veces los movimientos de cabeza, hasta que por primera vez su pequeño cerebro explicara el misterio; comprendiendo que se trataba de dos hombres distintos. Eran los dos únicos hombres que había visto hasta aquel instante; ambos le habían hecho caricias, le habían tenido en brazos, le habían dirigido palabras cariñosas y él había comprendido el hecho de que se hallaba ante un ser distinto a todas las mujeres que le rodeaban en la casa; había comprendido que en el mundo existía un ser humano distinto de su mamá, de la *nurse* y del grupo femenino que había tenido ocasión de observar en la casa, pero no habiendo visto nunca los dos hombres simultáneamente, es evidente que se había formado la idea de que sólo existía un hombre. De aquí su estupor al ver que aquel hombre, que tan fatigosamente había catalogado en su mente, se desdoblaba.

Había descubierto su primer error. Por primera vez, a la edad de cuatro semanas, la falacia de la razón humana se había presentado ante su espíritu en lucha en el proceso de la encarnación.

En otro ambiente donde los adultos no hubiesen tenido noción alguna sobre la vida síquica del niño desde su nacimiento, el incidente hubiera pasado inadvertido y el nene no habría recibido el auxilio precioso que le facilitaron los dos hombres al procurarle un esfuerzo hacia la realización de la conciencia.

Voy a citar ejemplos de niños de más edad: una niña de siete meses sentada sobre una alfombra, en el suelo, jugaba

con un almohadón, sobre cuya funda había flores y niños estampados en colores vivos. La niñita con un entusiasmo exuberante olía las flores y besaba las imágenes de los niños. Una criada ignorante que cuidaba de la nena, interpretó estos gestos en el sentido de que la niña gozaba en oler y besar toda clase de objetos. Así, pues, le daba diversos objetos diciendo: «huele esto, besa este otro»; pero aquel espíritu embrionario que se estaba organizando, que reconocía las imágenes, ejecutando en el goce y tranquilidad un trabajo de construcción interior, quedó confuso. Su misterioso esfuerzo hacia el orden interior, acababa de recibir un rudo golpe asestado por un adulto irreflexivo, como haría la ola del mar con los castillos o dibujos hechos en la arena de la playa.

Los adultos pueden dificultar y hasta impedir este trabajo interior, cuando interrumpen bruscamente las reflexiones de los pequeñuelos, sin comprender su expresión y buscando la manera de distraerles; o toman una mano del niño y la besan para divertirles o intentan hacerle dormir sin tener en cuenta la labor síquica que se está desarrollando en el mismo. El adulto inconsciente de este trabajo misterioso, puede actuar cancelando el primitivo deseo de la mente infantil.

Es muy necesario que el niño pueda conservar con toda claridad las imágenes que va captando, pues es con esta claridad y brillantez de impresiones diversas una de otra, como el niño puede formar su inteligencia.

Uno de los experimentos más interesantes fue realizado por un eminente especialista en alimentación artificial de los niños menores de un año. Había fundado una clínica importantísima, y sus estudios habían revelado que, además del alimento, se debía tener en cuenta el factor individual; no podía recomendar uno de tantos sustitutivos de la leche como alimento *excelente* para los niños, hasta cierta edad,

porque un alimento puede ser bueno para un niño y malo para otro. Su clínica era el ejemplo más perfecto en su género, tanto desde el punto de vista científico, como estético. Los efectos de sus procedimientos sobre la salud de los pequeños habían sido maravillosos, hasta los seis meses de edad, pero a partir de esta edad, comenzaron a enfermar. Esto constituía un verdadero misterio, pues la alimentación artificial es más fácil pasados los seis meses. En la misma clínica, el profesor había instalado un dispensario para las madres pobres que no podían lactar a sus hijitos, y recurrían a estos procedimientos artificiales, con ayuda de los consejos recibidos en la clínica. Pues bien, estos niños no enfermaban pasados los seis meses, a diferencia de los internados. Después de numerosas observaciones el profesor pensó que algunos elementos síquicos tenían que influir en aquel fenómeno inexplicable; y apenas nació esta reflexión, pudo comprobar que los niños de más de seis meses de edad sufrían en su clínica de «aburrimiento, faltos de alimento síquico». Entonces comenzó a divertirlos, a distraer su vida, haciéndoles pasear, no solamente por la terraza de la clínica, sino por lugares variados y volvió la salud perdida.

Por muchísimos experimentos se ha demostrado con certeza absoluta que los niños en el primer año de su existencia han recogido las impresiones sensibles del ambiente, de modo tan claro, que ya reconocen las imágenes representadas en las figuras, sobre un plano y en perspectiva. Se puede afirmar, además, que estas impresiones, una vez registradas, ya no presentan para ellos un interés vivo e inmediato.

Al comenzar el segundo año de su existencia, el niño ya no es atraído con aquella fascinación irresistible de los periodos sensitivos por los objetos vistosos de brillantes colores; sino que demuestra preferencia por cosas nimias, que para nosotros pasan inadvertidas. Se diría, que le interesa

lo invisible, lo que se encuentra en los confines de la conciencia.

Yo pude comprobar esta sensibilidad por vez primera en una niña de quince meses; oí proferir en el jardín carcajadas alegres y gozosas impropias de niños de esa edad; aquella niña había salido solita, y estaba sentada sobre los ladrillos de la terraza; cerca de ella había un macizo de geránios en flor, bajo un sol casi tropical. Pero la niña ni siquiera los miraba; tenía la mirada dirigida al suelo, donde no había nada. Se trataba seguramente de uno de aquellos enigmas infantiles. Me acerqué quedamente y miré sin percibir absolutamente nada; entonces la niña me explicó con palabras llenas de emoción: «aquí, se mueve una cosa pequeñita». Y en efecto, con auxilio de esta indicación, pude ver un insecto casi imperceptible, casi microscópico, del color del ladrillo, que corría con gran ligereza. Lo que había impresionado tanto a la niña, era que un ser tan pequeño, pudiera existir, se moviera y corriera tanto. Su maravillosa sorpresa le dio gozo tan exuberante, mucho mayor del que generalmente manifiestan los niños: «reía con carcajadas de persona adulta» y no era el goce del sol, de la luminosidad, de las flores y colores.

Una impresión análoga me la procuró en cierta ocasión un niño, de la misma edad aproximadamente; su mamá había acumulado una verdadera colección de tarjetas postales ilustradas en colores. El niño parecía muy interesado en enseñármelas y transportó cerca de mí el voluminoso paquete. «Automóvil» díjome a su manera en una palabra monosilábica por la que comprendí que deseaba enseñarme la figura de un automóvil.

La colección comprendía una gran variedad de hermosas imágenes, resultante de la intención materna de instruir y distraer a su hijito, con aquella colección espléndida.

Había imágenes de animales tropicales; jirafas, leones,

osos, monos, pájaros, animales domésticos susceptibles de interesar a un niño: ovejas, gatos, asnos, caballos, vacas, pequeñas escenas y paisajes con animales, casitas y personas. Pero lo más curioso es que en aquella colección espléndida no había ningún automóvil. «No veo automóvil alguno» dije al niño. Entonces éste buscó una tarjeta que me entregó triunfalmente: «aquí está». Se trataba de una escena de caza, que representaba en el centro un hermoso perro sabueso, más lejos y en perspectiva se veía al cazador con la escopeta sobre el hombro; más lejos, en un rincón, una casita junto a una línea sinuosa que representaba seguramente una carretera y al final de la línea, un punto oscuro. El niño señaló con el dedo aquel punto, diciendo: «automóvil». En efecto, de dimensiones casi invisibles, podía reconocerse que aquel punto representaba un automóvil. Era, pues, la dificultad de verlo, era el hecho de que una máquina pudiera representarse en proporciones tan reducidas, que hacían interesante aquella imagen para el niño, digna de enseñarla a los demás.

Yo pensé que toda aquella hermosa variedad de cosas no habían servido para aportar conocimiento alguno al niño. Elegí una imagen que representaba el larguísimo cuello y la cabeza de una jirafa y comencé a explicarle: «mira, qué cuello tan largo, tan extraño...» «Jirafa» respondió el nene con seriedad. Yo no tuve valor para ir continuando.

Se diría que cerca de los dos años de edad, existe un período durante el cual la naturaleza obliga a hacer a la inteligencia progresos sucesivos, para que adquiriera conocimientos completos de todas las cosas.

Citaré algunos ejemplos de mi propia experiencia. Tuve una vez el deseo de enseñar a un pequeñuelo, que debería tener unos veinte meses de edad, un hermoso libro ilustrado, un libro para adultos. Era el Evangelio, ilustrado por Gustavo Doré, quien había escogido para reproducirlas, figuras

de cuadros clásicos, como por ejemplo, la «Transfiguración» de Rafael. Escogí la imagen de Jesús que llama a los niños y comencé a explicar:

«Hay un niño en los brazos de Jesús, otros apoyan la cabecita contra su cuerpo, todos le rodean; El les ama...»

La cara del niño no mostraba el más pequeño interés; yo con aspecto indiferente, di vuelta a la página buscando otras figuras, cuando bruscamente el niño me dijo: «Duerme».

Entonces comprendí la impresión del enigma infantil.

—¿Quién duerme?

—Jesús —respondió el niño enérgicamente—, Jesús duerme —haciendo el ademán de buscar la página de aquella figura.

La imagen de Jesús, alta, miraba al niño que estaba a sus pies y, por consiguiente, con los párpados bajos, en la posición de los ojos que duermen y la atención del niño se había concentrado en aquella particularidad, que ningún adulto había observado.

Continué la explicación sobre el grabado de Rafael de la Transfiguración de Cristo, diciendo: «Mira, Jesús se levanta sobre la Tierra y la gente se atemoriza; mira cómo este niño le dirige sus miradas suplicantes, esta mujer le tiende los brazos...» Yo comprendía que mis explicaciones no se adaptaban a la mentalidad del niño y que la figura no era bien elegida. Pero me interesaba provocar alguna contestación enigmática y comparar con lo que ve un adulto en una composición alegórica tan compleja, con lo que veía un niño en la misma. Pero en esta ocasión salió de sus labios una especie de gruñido, como si dijera: «bien, pasa adelante», no observando ninguna expresión de interés en el pequeñuelo. Y mientras me ponía a hojear páginas, el chiquillo jugaba con una pequeña medalla que llevaba suspendida de su cuello y que representaba un conejo, y por fin, pronunció la palabra: «Conejo». «Se habrá distraído con la medalla», pensé, pero

de pronto intervino el pequeñín enérgicamente para que diera vuelta a las páginas hasta encontrar de nuevo aquel grabado. En efecto, en la figura de la Transfiguración hay un conejito en uno de los lados. ¿Quién lo había observado alguna vez?

Evidentemente, los niños y los adultos poseen dos personalidades síquicas distintas: no existe un mínimo que evoluciona gradualmente hacia un máximo.

Cuando los maestros, en los asilos infantiles o en las primeras clases elementales, intentan explicar un objeto común a niños de tres o cuatro años, como si estos nunca hubieran visto nada y acabaran de llegar al mundo, deben producir un efecto parecido al de una persona que oye perfectamente y es tomado por sordo. La gente grita y repite las palabras diciéndole lo que ya ha oído, y la persona, en vez de contestar, protesta: «¡Pero si no soy sordo!».

El adulto había creído que los pequeñuelos eran solamente sensibles a objetos vistosos, colores llamativos, sonidos estridentes, etc. Ciertamente que estos constituyen estímulos vehementes para su atención; todos hemos visto los niños atraídos por personas que cantan, campanas y timbres que suenan, banderas y gallardetes que se despliegan al viento, luces brillantísimas. Pero estas atracciones violentas, procedentes del exterior, son episódicas: distraen la atención, la hacen visible exteriormente con violencias, y dispersan sus estímulos, que encontramos en los sentidos. Aunque la comparación no sea exacta, cuando nosotros estamos leyendo un libro interesante, y de improviso viene una música estridente debajo de nuestro balcón, nos levantamos y corremos a asomarnos, movidos por la curiosidad. Si alguien observara que un adulto está leyendo este libro en silencio, hallándose profundamente concentrado en su lectura y viera que éste se levanta para asomarse, y escuchar la música, diría que los hombres están especialmente estimulados por los sonidos.

De la misma manera hemos juzgado a los pequeñuelos. Pero el hecho de que una fuerte causa estimulante exterior, atrae la atención del niño, es episódico y viene originado por cada caso concreto, no está en relación con la parte constructiva profunda, que pertenece a la vida interior del niño. Las manifestaciones de esta última, podemos descubrirlas cuando tenemos la posibilidad de observar que los niños se interesan en la admiración minuciosa de cosas pequeñas, aparentemente sin interés evidente. Quien observa la nimiedad de una cosa, tiene gran interés en la misma cosa, y no la siente más como impresiones sensitivas, sino como expresiones de un intelecto de amor.

Prácticamente el espíritu del niño es desconocido de los adultos; a éstos les aparece como un enigma, porque no le juzgan más que bajo el ángulo de la impotencia práctica y no desde el punto de vista de la potencia síquica en sí misma. Hemos de pensar que siempre existe una causa a toda manifestación del niño. No existe fenómeno alguno que no tenga su razón de ser. Es tan fácil admitir que cada reacción misteriosa, cada momento difícil del niño, es un capricho. Este capricho ante nuestros ojos ha de tener la importancia de un problema a resolver, de un enigma que se ha de descifrar. Ciertamente es muy difícil, pero extremadamente interesante; y sobre todo, es una nueva actitud que representa una elevación moral para el adulto. En efecto, le transforma en un investigador, más que en un dominador ciego y tiránico para el niño.

Voy a citar a este objeto la conversación de un grupo de señoras reunidas en un salón. La señora de la casa permitió que quedara a su lado su hijito de unos dieciocho meses de edad, el cual jugaba solo, tranquilamente. Hablaban de libros para los pequeñuelos. «Los hay muy estúpidos, ilustrados con figuras grotescas», decía la joven madre. «Tengo uno titulado «Sambo». Sambo es un negrito; el día de su santo,

sus progenitores le hicieron regalos variados: una sombrilla, un par de pantalones, medias, zapatos y una chaquetilla de brillantes colores, preparándole un almuerzo succulento. Mientras tanto, Sambo, impaciente por lucir sus nuevos atavíos, se los puso, y salió de la casa sin avisar. Por el camino encontró numerosos animales feroces; y para amansarlos tuvo que ceder a cada uno de ellos, alguna de sus nuevas prendas de vestir. La jirafa se quedó con la sombrilla, el tigre con los zapatos, etc., etc., hasta que el pobre Sambo regresó a su casa, desnudo y lloriqueando. Pero todo acaba con el perdón de sus papás y el gozo del almuerzo alrededor de una mesa, excelentemente servida, como expresa la última imagen del libro.»

La señora enseñaba el libro ilustrado que pasaba de mano en mano; cuando el niño dijo: «¡No, Lola!» Todos quedaron sorprendidos; se presentaba en aquel instante un enigma infantil a descifrar. El nene había hablado y repetía enérgicamente su afirmación misteriosa: «No, Lola».

«Lola —dijo la madre—, es el nombre de una *nurse* que ha tenido el pequesuelo solamente durante algunos días.» Pero el niño volvió a gritar con mayor energía a aquella Lola, en forma de un capricho irresistible. Entonces le enseñaron el libro de Sambo y el pequesito señaló la última figura de la cubierta, no del texto, que representaba al pobre negrito llorando. Y comprendieron que «Lola» en su lenguaje infantil, imperfecto, correspondía a la palabra española «llora».

En efecto, el final del libro no era la escena alegre y gozosa del excelente almuerzo, sino la figura de la cubierta representando a Sambo lloriqueando. Nadie se había dado cuenta de aquella última figura. Entonces todo era lógico en la protesta del niño, el cual intervino cuando la mamá dijo: «todo termina con alegría».

Para el chiquillo era evidente que el libro terminaba con los lloros de Sambo; el niño había observado el libro mejor

que su madre, habiendo registrado escrupulosamente la última figura. Pero lo más impresionante en todo esto, no era que el niño hubiese pronunciado una palabra correcta sino que hubiese podido seguir aquella conversación tan larga.

Es evidente que la personalidad síquica del niño es muy distinta de la nuestra: y no pasa gradualmente del mínimo al máximo.

El niño ve los detalles ínfimos y reales de las cosas, y, en consecuencia, debe formarse una idea de inferioridad de nosotros, que vemos en las imágenes nuestras síntesis mentales, inaccesibles para él; debe considerarnos como incapaces, como gentes que no saben observar. En su juicio, no nos atribuye exactitud alguna; nos ve pasar con indiferencia, con inconsciencia, delante de detalles interesantísimos. Si él pudiera expresarse, nos revelaría ciertamente que en su interior no tiene confianza alguna en nosotros; de la misma manera que él no nos merece confianza alguna, pues es extraño a nuestra manera de concebir las cosas.

Y por ello el adulto y el niño no se comprenden.